

PUNTO  
**ROJO**  
B

# LA AUTOPSIA

25

## Kelltom McIntire

SOLD MAVERALS DE 18 AÑOS



# **LA AUTOPSIA**

KELLTOM McINTIRE

Colección PUNTO ROJO n.º 876

Publicación semanal

1.ª edición: febrero, 1979

© Kelltom McIntire - 1979 texto

© Three Lions - 1979 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL  
BRUGUERA, S.A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera,  
S.A

Parets del Vallés (N-152 Km 21.650)

Barcelona - 1979

# CAPÍTULO PRIMERO

EL pesado camión ascendía lentamente la pendiente. La carretera de montaña estaba nevada, y la nieve se había helado. Las treinta toneladas de carga permitían que las cadenas de los neumáticos se agarrasen eficazmente a la superficie de hielo, pero el camión era, un vehículo articulado y, en las curvas, tendía peligrosamente a desplazarse fuera del firme.

Su conductor, un joven de unos veintiocho años, permanecía rigurosamente atento a la circulación y a la conducción de su camión.

Por fortuna, la tormenta de nieve que volvía a abatirse sobre las cimas había conseguido que el tránsito de vehículos fuera muy escaso, y esta circunstancia aminoraba el riesgo de un accidente.

Eran las cinco de la tarde. La nevada se hacía más intensa y la visibilidad se reducía progresivamente.

Con las luces cortas encendidas, el pesado camión remontó penosamente la cota más alta del puerto de montaña. Pero su conductor sabía que ahora debería aumentar las precauciones: cuesta abajo, con una carga de treinta toneladas en su capitoné y la carretera helada, el camión podía convertirse en un instrumento de muerte para él.

Redujo la velocidad. Los limpiaparabrisas funcionaban a plena marcha y, de cuando en cuando, el chófer echaba a los cristales chorros de agua caliente para derretir el hielo que se iba formando alrededor del marco del cristal parabrisas.

Descendió una cuesta de poco más de un kilómetro y redujo de velocidad, hasta que el velocímetro señaló apenas los treinta kilómetros por hora.

El conductor conocía aquella curva, muy cerrada y por eso tomaba toda clase de precauciones.

Pero el accidente surgió inesperadamente, sin que él pudiera evitarlo.

En unas décimas de segundo vio al automóvil que tomaba la curva a gran velocidad, con las luces apagadas. Aquel coche ocupaba la parte izquierda de la carretera...

¿Para tomar con más amplitud la curva o porque sus neumáticos habían patinado sobre el hielo...?

Tom Bates no pudo hacer nada por impedir la colisión, porque el

coche azul se precipitó como una flecha contra el camión. Oyó el estrépito de los cristales rotos, de las planchas arrugadas apenas en décimas de segundo.

El camión se estremeció al impacto, y su tractor se desplazó algo más de un metro sobre el duro hielo, sus ruedas del costado derecho quedaron hundidas en la nieve de la cuneta.

El parabrisas del camión estaba cubierto de nieve y los limpiaparabrisas se habían detenido, sin fuerza suficiente para desplazar la masa helada que el coche azul había arrojado sobre el cristal.

Tom permanecía rígido, con el pie derecho presionando el freno. Luego, poco a poco, reaccionó.

Tiró con brusquedad de la palanca del treno de mano. El motor se había calado.

Murmuró algo entre dientes, empujó la portezuela de su lado, y se arrojó al suelo de un salto.

«¿Dónde... dónde está...?», se preguntó tontamente

Rodeó la cabina y se asomó con precaución a la cuneta, protegida por una valla metálica formada por tres anchas bandas de gruesa chapa plegada.

Antes de alcanzar la valla, sus botas resbalaron sobre el duro suelo y estuvo a punto de caer, pero logró afianzarse con las manos al borde de la helada barrena.

Profundamente impresionado, dirigió sus ojos pendiente abajo. No era difícil seguir el rastro: el automóvil, al rodar sobre la abrupta cuesta, había dejado un ancho surco sobre la nieve.

Había una rueda, desgajada, poco más allá de las rocas que emergían sobre la nieve, a unos veinte metros.

Más abajo aún, a unos setenta metros de distancia, Tom vio el coche.

Estaba materialmente destrozado. Los troncos de un espeso bosque de abetos habían detenido su loca carrera.

—¡Ojalá que no haya ocurrido algo... algo...! —murmuró Bates, sin acertar a dar con la palabra que buscaba en su cerebro.

Se separó de la valla, rodeó nuevamente la cabina, dirigió una triste mirada crítica al camión, que había quedado un tanto doblado por su eje de articulación, y buscó una luz destellante en ámbar para avisar del accidente a los vehículos que transitaran por la carretera.

Luego tomó el estuche-botiquín de primeros auxilios sin dejar de murmurar palabras incoherentes, saltó la valla y comenzó el descenso hacia el borde del bosque de coníferas.

La pendiente era mucho más abrupta de lo que podría calcularse desde arriba, por lo que resbaló varias veces y rodó sobre la nieve, sin hacerse daño.

Los últimos metros los recorrió con precaución, sintiendo en su

interior un profundo temor supersticioso.

Una de las portezuelas del automóvil azul había sido desgajada brutalmente de sus goznes, y aparecía grotescamente hincada sobre la nieve.

El destrozado coche humeaba aún, como consecuencia del calor generado al plegarse brutalmente sus planchas.

Dentro de él, Tom descubrió a un hombre de unos cuarenta años. Tenía el pecho hundido por el volante, y de su colgante cabeza brotaba aún un hilillo de sangre.

Desde donde se encontraba, Tom vislumbró una caballera rubia manchada de nieve.

Pálido y desencajado, el joven conductor contorneó el montón de chatarra. Sus ojos se desorbitaron al encontrar el cuerpo de la mujer aprisionado bajo el techo del vehículo.

—Tal vez... Tal vez... —murmuró, aterrado.

Se hincó de rodillas en la nieve, miró aquel bello rostro exangüe, y adelantó tímidamente una mano hasta posarla sobre el pecho de la mujer.

El corazón no latía ya. Aquella mujer había muerto.

Todavía permaneció unos segundos más, arrodillado junto a ella, contemplando, obsesionado, aquellos cabellos dorados empapados de sangre.

Al cabo, se incorporó y comenzó a sollozar.

Desde las alturas, llegó un grito. Tom miró hacia allá, y vio a varias personas que descendían ya.

A mitad de la pendiente, se encontró con ellos. Todavía no había conseguido reprimir sus lágrimas, cuando comenzó a explicar lo ocurrido...

## Capítulo II

EL altavoz del quirófano transmitió el aviso:

—Doctor Burlington, doctor Burlington...

Burlington dirigió una rápida mirada al altavoz empotrado en el muro, pero en seguida se volvió a la enfermera que le asistía, y exigió:

—Sutura.

Pero el altavoz seguía insistiendo:

—Aviso urgente para el doctor Burlington. Le esperan en recepción. Doctor Burlington...

Las manos del cirujano se movían, veloces, sobre aquellas vísceras palpitantes.

—Doctor Burlington...

Una chispa de cólera se reflejó en los ojos grises de Warren Burlington.

La mano que movía velozmente la aguja de sutura se detuvo en alto.

—Por favor, que alguien haga callar ese altavoz. ¡No puedo concentrarme en lo que estoy haciendo! —rogó, en un susurro.

Una enfermera se separó de la mesa del quirófano, y desconectó el fono.

La enfermera ayudante secó el sudor de la frente de Burlington, y el cirujano reemprendió su trabajo con toda atención.

Quince minutos después, la operación había terminado, con éxito. El enfermo recién operado fue trasladado a la unidad de recuperación, y el doctor Burlington pasó al lavabo, limpió escrupulosamente sus manos y uñas, se desprendió del equipo aséptico.

Le agitaba un leve nerviosismo. La insistencia de aquel aviso, a través del altavoz, había llegado a irritarle.

¿Es que los de recepción no sabían que nadie debía interrumpir la labor de un cirujano, en el quirófano?

Se vistió aprisa, salió y recorrió a grandes zancadas el pasillo hasta alcanzar recepción.

Una enfermera le detuvo.

—Lo siento, doctor Burlington —la muchacha parecía acongojada—. Pero el aviso era muy urgente...

—Bien, ¿qué ocurre? —preguntó Burlington, esforzándose en

dominar su irritación.

—Su esposa. La policía de High Range llamó hace unos treinta minutos: su esposa ha sufrido un accidente de automóvil.

Una leve crispación alteró las regulares facciones de Warren Burlington.

—¿Ha... ha muerto? —preguntó, con voz temblorosa

—No lo especificaron. Insistieron en que debía usted trasladarse a Grover inmediatamente —explicó la enfermera.

Burlington había palidecido. Susan, un accidente en las carreteras nevadas... ¿Muerta?

La angustia se detuvo en su garganta, como un amargo bocado, difícil de tragar.

—Gracias —dijo escuetamente a la enfermera. Y caminó rápidamente a lo largo del pasillo.

Pero... ¿cómo, cómo era posible? Él había almorzado con Susan aquella mañana y ahora...

Bueno, no había almorzado con su esposa porque ella estaba en la cama. ¿Enferma?

Nada de eso: Susan había llegado tarde a casa. Era seguro que había bebido más de la cuenta. ¿Por qué se había dado, en los últimos meses, a la bebida...?

Penetró en el despacho del director, tomó una agenda de la mesa, y garabateó unas palabras de aviso.

«Mi esposa ha sufrido un accidente de automóvil.

Voy a Grover Hills. Volveré en cuanto me sea posible. Doctor Burlington...»

Salió y se dirigió al garaje.

No podía explicárselo. Había dejado a Susan en la cama. Eran entonces las dos de la tarde. Burlington se dirigió al hospital. Y ahora, a las seis de la tarde, Susan estaba en Grover Hills, a casi trescientos kilómetros de distancia.

Herida. Tal vez, muerta...

Warren Burlington sentía ganas de estallar en sollozos. Pero se contuvo... ¿Qué hubiera pensado de él Young, el vigilante del garaje del hospital?

—¡Buenas tardes, doctor Burlington! —le saludó el vigilante—. ¿Se marcha ya?

—Sí. Traiga mi coche, por favor.

Young volvió tres minutos después, con el coche del médico, un precioso «Porsche» que valía cien mil dólares.

Dio las gracias al vigilante, y se acomodó tras el volante. Un momento después salía a la superficie.

«Tal vez necesite alguna ropa de abrigo —pensó—. ¡El tiempo está tan frío...!»

Pero no se dirigió a su casa, sino que cruzó la ciudad y tomó la carretera que llevaba a las montañas.

Nevaba copiosamente, y la carretera estaba cubierta de nieve negruzca y fangosa.

No importaba. Los neumáticos del «Porsche» estaban dotados de clavos de acero, y se agarraban muy bien a las superficies heladas.

—Susan, Susan, ¿cómo ha podido ocurrir? —murmuró.

¿Por qué había cambiado tanto? De enamorada, apasionada y absorbente en los primeros meses de matrimonio, se había tornado huraña, violenta y, lo que era peor, indiferente...

Susan era muy rica... ¡Oh, sí, muy rica! Su padre era nada menos que el poderoso Harvey Chassman, el más fuerte empresario del Estado.

Chassman se había opuesto, en principio, a que su hija se casase con un simple cirujano, aunque se tratase de un profesional lamoso y acreditado. Pero, al fin, Chassman había cedido ante los continuos ruegos de Susan, que se mostraba perdidamente enamorada del apuesto Warren Burlington.

Y ahora...

—Creo que empiezo a obsesionarme —murmuró Warren—. Tal vez no haya sido nada. O quizá sólo algunas heridas leves, magullamientos. O un brazo roto, unas costillas...

Él amaba profundamente a su esposa. La quería apasionadamente y la deseaba como jamás desease a mujer alguna

Cierto que su profesión le obligaba a permanecer muchas horas lejos de Susan; pero ella sabía lo que podía esperar, desde el día que se conocieron: un médico está subordinado siempre a las necesidades de sus pacientes, encadenado a la tiranía del hospital o a las veleidades de la mala suerte.

Se produce un accidente, una persona resulta gravemente herida. Hay que operar... ¿Qué se hace entonces? ¡Se llama al cirujano! ¿Qué pensarían los demás si éste respondiese: *«No puedo ir, Me encuentro muy cómodo en mi hogar, con la compañía entrañable de mi bella esposa»*...?

Sí, no era ningún placer llegar a ser el más hábil y prestigioso cirujano de una gran ciudad. Había sí, las compensaciones propias de la vocación satisfecha, de los comentarios elogiosos y de unos ingresos elevados, pero ¿y las desventajas?

El carácter de Susan era excesivamente absorbente. Durante los primeros tres meses, ella no se separó de Warren más que lo estrictamente imprescindible.

Sus celos hacían gracia a Warren, quien, más seguro de sí mismo y con una personalidad más madura, tenía plena conciencia de la

estabilidad de sus sentimientos por supuesto, de su amor por Susan.

Las cosas cambiaron cuando Burlington tuvo que reintegrarse a sus actividades profesionales.

—Yo era el primero en echar de menos su presencia, el primero en anhelar la vuelta al hogar para reunirme con Susan. .

La calefacción del «Porsche» funcionaba a pleno rendimiento. El calorcillo, tan agradable, y el monótono *trss-trss* de los limpiaparabrisas apartando los copos de nieve, formaban un ambiente adormecedor en el interior del coche.

Pero no sólo era eso: sus pensamientos se producían fluidamente, los recuerdos acudían, veloces, y todo ello distraía su atención.

Era noche cerrada ya, y los potentes faros del coche apenas bastaban para abrirse paso en la barahúnda de veloces copos helados.

¡Una curva cerrada...!

Burlington, distraído, no alzó el pie del acelerador: el motor giraba a seis mil revoluciones, y el velocímetro superaba los cien...

Se dio cuenta cuando estaba en el eje de la curva. Y entonces apretó el freno de un pisotón.

El coche giró sobre sí mismo como una peonza, rodó sobre la cuneta, enderezó su marcha, volvió a la carretera y., estuvo a punto de colisionar con otro vehículo que cruzaba en aquel instante.

Al fin, el «Porsche» se detuvo, tras patinar a lo largo de unos metros.

«Estoy loco. He podido morir. Y matar a otras personas inocentes», pensó.

Un sudor frío empapaba su rostro y su cuello. Permaneció inmóvil, respirando agitadamente, consciente de que acababa de salvar la vida por un milagro.

—Prudencia, prudencia —se recomendó—. Si Susan está herida, ¿qué sería de ella, si yo perezco en accidente?

Susan era una niña. Veintidós años apenas. Muy bella y delicada, una flor fragante y atractiva, caprichosa y atolondrada.

Puso el motor en marcha, y reemprendió el viaje con mayores precauciones.

Cinco kilómetros más allá, Burlington se detuvo en una gasolinera, llenó el depósito de combustible y se demoró unos minutos en el bar anexo, donde tomó un café solo, muy cargado, y una copa de «brandy».

Volvió al coche. Tiritaba de frío, porque en el exterior la temperatura era crudísima. Pero cuando volvió a la carretera, la calefacción funcionaba eficazmente, y pronto entró en calor.

—Quizá, también, la acción del «brandy»...

¡Oh, Susan, Susan, pequeña cabeza loca!

¿Por qué habría emprendido aquel viaje, sin advertirle, sin consultarle...?

Susan se aburría en casa, ésa era la explicación. La verdad era que, desde principios del otoño, Warren no había podido dedicarle mucho tiempo: el hospital, su lujosa consulta en el más lujoso edificio del centro de la ciudad, la asistencia a congresos y simposios, su colaboración en la redacción de una memoria quirúrgica, las inopinadas y abundantes visitas a sus ricos clientes... todo ello era la causa de que Burlington hubiera pasado la mayor parte de su tiempo fuera de casa.

Al principio de aquella época, Susan le esperaba, constante y fiel, en el salón, junto a la chimenea, donde la lumbre había languidecido hacía largo rato.

Ella le recibía soñolienta y enfurruñada, entonces. Eran altas horas de la madrugada, Burlington regresaba de visitar a uno de sus ricos clientes, y llegaba absorto en sus problemas médicos.

Susan, por su parte, se hacía la arisca.

—¿Crees que éstas son horas apropiadas para el amor? —gruñía, cuando él se aproximaba y comenzaba a acariciarla.

Poco a poco, su intimidad fue deteriorándose. Susan jamás exigía nada en lo sexual, pero., tampoco lo ofrecía.

Claro que a Burlington le era más fácil distraer su apetito erótico. Constantemente ocupado por su profesión, distraído por sus innumerables trabajos, la tirante situación que comenzaba a crearse entre los dos le era, ciertamente, más llevadera, puesto que sus quehaceres le absorbían casi por completo.

—¡Oh, Susan, Susan, pequeña y atolondrada Susan...!

En noviembre, ella había comenzado con las escenas de celos. Eran unos momentos terribles en los que Susan gritaba, se desmelenaba y utilizaba un vocabulario vulgar, inapropiado a su educación.

—¡Claro! El doctor Burlington no necesita para nada a su resignada esposa... El guapo, el apuesto, el deseado Warren Burlington, eternamente acosado por las mujeres, sólo tiene que decir sí a cualquiera de las mujerzuelas que le rondan constantemente. ¡Dime! ¿Con quién te has acostado hoy? ¿Con Elizabeth Wilson, o con la almibarada y experta Mildred O'Sullivan? También sé que sonríes a las enfermeras jovencitas y que disponéis de ocasiones y lugares propicios en el hospital. Pero no, ¡oh, no! no pienso permitir que las cosas sigan así. Antes...

No era cierto. Sus acusaciones carecían de fundamento.

Era verdad que Warren Burlington tenía éxito entre las mujeres. Era alto, atlético, viril... Se conservaba en perfectas condiciones físicas, a sus treinta y cinco años. Y luego estaba la aureola de su prestigio como cirujano famoso; pero Burlington no tenía tiempo para aprovecharse de ello.

Y por otra parte...

—Susan, Susan... Yo te amo. Supones para mí algo tan hermoso y entrañable...

No, no cambiaría a Susan por ninguna otra mujer. La quería y la deseaba. Ardientemente, en ambos casos.

El maldito trabajo, las numerosas ocupaciones, los compromisos... He ahí el problema.

Seguía nevando sin parar

El reloj del panel de instrumentos marcaba las siete y media. Había recorrido unos ciento veinte kilómetros, pero ¡el camino se hacía tan largo, viajando en solitario!

La carretera ascendía ya en progresión continua. Eran pendientes suaves, con curvas abiertas, pero en una noche así, el peligro de muerte latía en cada tramo de la ruta.

Warren encendió un cigarrillo y aspiró el humo profundamente.

¿Qué coche había utilizado Susan para emprender aquel viaje? ¿Tal vez su pequeño «Fiat»?

El «Fiat» no disponía de neumáticos apropiados para rodar sobre la nieve, de modo que Susan se habría visto obligada a buscar un taller donde colocaran cadenas a los neumáticos del pequeño automóvil.

—No. No puede haberle ocurrido nada grave. ¡Es tan joven...! —murmuró, como si la muerte sólo escogiera a los viejos, a los inválidos, a los aburridos o a los feos.

Más allá de Chelham, Burlington aminoró la marcha, al distinguir en la oscuridad una luz destellante.

El corazón latió fuerte en su pecho.

¿Susan...?

Rodó los últimos metros muy despacio, y frenó a la altura de un coche patrullero, sobre cuyo techo destellaba aquella luz ámbar.

Bajó.

Un camión-grúa estaba tratando de separar los dos vehículos que habían quedado empotrados el uno en el otro, después de una violentísima colisión.

Vio a un hombre que vestía un chaquetón de piel. Era un policía, y Burlington se acercó a él, y articuló una trémula pregunta.

—¿Susan Burlington? No, no —respondió el policía—. Un choque entre una camioneta y un turismo. Los del turismo eran cuatro jóvenes que regresaban de una juerguecita... Sí, iban borrachos. Sí, se han matado los cuatro. Lo peor es que han matado también al conductor de la camioneta, un humilde granjero...

Volvió, tiritando, a su coche.

¿Más tranquilo? No sabría decirlo. Lo único que deseaba, que ansiaba frenéticamente, era proseguir su camino, ver a Susan cuanto antes, besarla, llorar si era preciso, murmurar un sinfín de tiernas

palabras a su oído...

El policía le hacía señas perentorias. ¡Vamos, hombre, arranque, el camino está libre, puede continuar su viaje!

Dio al contado y arrancó. Avanzó muy despacio, temeroso de que los tirones de la grúa desprendieran bruscamente aquella chatarra que podía caerle encima y aplastarle.

Luego, superado el lugar del accidente, dio gas y rodó a mayor velocidad.

Dejó escapar un suspiro de alivio. Desde luego, la temperatura iba en descenso. Había dejado de nevar, pero soplaba un finísimo viento del norte, capaz, de helar la nieve caída recientemente, en unos cuantos minutos.

«Debería haber traído un chaquetón, un abrigo, algo... Hace demasiado frío», pensó.

Pero... al diablo con el frío. Lo que interesaba era llegar cuanto antes a Gover Hills, abrazar a Susan, ¡querida y alocada Susan...!

—Todo será diferente, a partir de ahora. Dejaré cuanto sea necesario para conseguir que ella y yo estemos juntos, el mayor tiempo posible. Tengo suficiente dinero. ¿Para qué queremos más? Aún no tenemos hijos. Cuando vengan...

Sin embargo, tuvo que admitir que el dinero era siempre necesario. Para mantener su lujosa residencia en Peak Cliff, hacía falta mucho. Y también para poseer un vestuario suntuoso para Susan, para los coches, para el *cottage* de Belmount Mountains, para las fiestas, para las vacaciones en Acapulco, para... pagar los impuestos...

Si quería, como hasta ahora, prescindir del dinero de Susan. Ella podía disponer de todo el que quisiera, pero Burlington se había empeñado en correr con todos los gastos de su mujer, desde el momento en que se casaron.

Sí, si... La vida no era tan fácil, y menos, la de Warren Burlington. Susan estaba acostumbrada a una vida fastuosa. Para ella, gastar dos o tres mil dólares en una sola tarde, de tiendas, era cosa de lo más normal. Era lo que había hecho durante toda su vida, a fin cuentas.

—Sea como sea, las cosas deben cambiar. Tenemos que poner al día nuestro matrimonio. He de ocuparme de Susan. ¡Jamás ninguna sombra volverá a amargar nuestra existencia...!

Era mucho asegurar. ¿Quién puede programar su propia existencia para que todos los días se deslicen felices y placenteramente, sin el menor sobresalto?

De forma insensible, Warren había ido aumentando la presión de su pie derecho sobre el acelerador.

Cierto que no nevaba ya, y que los faros iluminaban ahora muy eficazmente la blanquísima sábana que se extendía ante sus ojos. Pero

las cuestas y las pendientes se sucedían, y el velocímetro señalaba ya los ciento treinta kilómetros por hora.

Alzó el pie del acelerador, y condujo con mayor prudencia. No era cosa de echarlo todo a perder, ahora que estaba tan cerca de Susan, de su brillante cabellera dorada, de su piel finísima, de su cuerpo palpitante y... ¿lleno de vida?

Negros presagios le asaltaron. Estaba ya muy cerca de Grover Hills, y la carretera presentaba un trazado infernal. Se había cruzado ya con media docena de máquinas quitanieves, gracias a cuya constante labor la carretera se mantenía medianamente transitable.

Pero el paisaje de montaña era impresionante, sobrecogedor. Altísimos picachos centelleaban sobre un cielo de terciopelo negro, cada vez que los faros de su coche conseguían llegar hasta ellos. Ahora a la derecha, luego a la izquierda, pendientes abruptas, erizadas de peñascos, precipicios hondos, teñidos de un alucinante y espeso color negro mate.

Un accidente de automóvil, en aquellos parajes, debía tener tremendas consecuencias. ¿Dónde... dónde habría tenido lugar el de Susan?

¡High Range! Eso había dicho la enfermera. El accidente había tenido lugar, pues, más allá de Grover Hills, en la cota más elevada de la sierra.

Warren se mordió los labios.

—Debo conservar la serenidad. Si Susan estuviera grave, tal vez me vería obligado a operarla con urgencia. Y si mis nervios fallasen en una ocasión así...

¿Qué pretendería la pequeña loca, con aquella temeraria aventura? ¡Era como una niña...!

—Sí, eso es: una rabieta. Apenas nos hemos visto en las últimas semanas. Ella parecía rehuirme... Se enfadó, trató de atraer mi atención y...

La inquietud, la incertidumbre, la tremenda ansiedad, hacían sufrir intensamente a Warren Burlington.

¿Cuánto... cuánto daría por tener la seguridad de que a Susan no le hubiera ocurrido nada irreparable?

—Lo daría todo. No le haría el menor reproche —dijo en voz alta—. Me limitaría a demostrarle cuánto significa para mí...

El reloj del panel marcaba las nueve y media de la noche. A lo lejos, en las alturas, parpadeaban unas luces.

Los puntitos luminosos fueron haciéndose más gruesos y potentes.

Poco después, Warren Burlington llegaba a Grover Hills.

## Capítulo III

MARK torció el cuello hacia atrás, y se estiró, perezoso, en el interior del coche.

La luz que se reflejaba en el espejo retrovisor del interior le deslumbró, por lo que Mark se apresuró a desviarlo.

Tomó su chaquetón de piel, abrió la portezuela y se echó fuera.

El coche que venía hacia él le obligó a silbar entre dientes de admiración. Era un «Porsche» muy estilizado y potente. ¿Sería el del doctor Burlington?

Bob Lakish, el *sheriff* de Grover Hills, le había enviado a la carretera. Debía detener todos los vehículos que llegasen a la ciudad para comprobar si en alguno de ellos viajaba el doctor Burlington.

Por eso Mark se puso temerariamente en mitad de la carretera e hizo perentorias señales con el brazo hasta que el «Porsche» se detuvo a su altura.

Flexionó la cintura y miró al hombre que conducía el costoso automóvil. Y vio unos cabellos oscuros, algunas canas en las sienes, un rostro bronceado y enérgico, y unos ojos grises, brillantes, que le escrutaban con fijeza. La expresión de aquel hombre le gustó: tenía los ojos claros, y miraba directamente, sin causar molestia.

—Discúlpeme —dijo Mark—. Dalvis, ayudante del *sheriff* Lakish. ¿Es usted el doctor Burlington?

El desconocido empujó la portezuela, salió y se incorporó con dificultad, pues el techo de su coche era excesivamente bajo para su considerable estatura.

—Soy Burlington. ¿Dónde está mi esposa? Me refiero a Susan Burlington —habló, muy impaciente.

Mark tragó saliva.

¿Cómo responder fría y específicamente a aquella pregunta? Burlington parecía muy alterado, lleno de ansiedad...

—Retire su coche de la carretera y ciérrelo, si quiere. Le llevaré hasta el despacho de Lakish —dijo Mark. Y se alegró de haber encontrado una fórmula intermedia, indirecta.

Burlington se introdujo con la misma dificultad en su coche, brilló el intermitente de la izquierda, y el «Porsche» dejó la carretera y se detuvo a la altura del almacén de recauchutados.

Seguía soplando el mismo vientecillo cortante cuando el médico volvió junto a Mark.

—Vamos, dígame, por favor. ¿Qué es lo que ha ocurrido? ¿Qué le ha pasado a mi esposa?

Había tanta inquietud, tanta desesperada ansiedad en su voz, que Mark se negó a informarle.

—No estoy al tanto, doctor. Lakish me envió aquí a recogerle, es todo lo que sé. ¿Quiere subir? —dijo. Y abrió la puerta del coche policíaco.

Se acomodaron los dos en el asiento delantero, y Mark dio al encendido y arrancó.

Entretanto, Warren buscaba un cigarrillo en el bolsillo de su chaqueta. Encontró, al fin, un paquete de «John Player», tomó uno y ofreció a Mark, pero éste tenía un fino habano entre los dientes, y denegó el ofrecimiento con un gesto.

Mark se desvió para alcanzar las calles de Grover Hills, cuesta abajo, agudamente inclinadas. En el silencio, podía escuchar perfectamente la agitada respiración del hombre que viajaba a su lado, y sintió la espontánea necesidad de pronunciar unas palabras de consuelo.

Pero se mantuvo silencioso hasta que el coche se detuvo ante la oficina de Lakish. Frenó e indicó a Burlington que habían llegado.

La ciudad parecía muerta, bajo el peso de la nieve.

Todo era blanco y luminoso, pero solitario y desierto...

Entraron. Un hombre bajo y macizo, con un mostacho canoso vino al encuentro de los dos hombres.

—Bob Lakish —dijo—. El doctor Burlington, ¿verdad?

Le estrechó la mano, pero Warren apenas se dio cuenta.

—¿Dónde está? ¿La han llevado al hospital...? —murmuró.

—Venga, venga conmigo, doctor. Hay café caliente. Y usted no ha tomado las necesarias precauciones. . Debió traer ropa de abrigo... Grover Hills es un témpano, en esta estación... Pero venga, ¡venga!

Mark se sorprendió. Así que también el hosco Bob Lakish tenía su corazoncito... Era evidente, puesto que parecía comportarse muy tímida y embarazosamente, a la hora de afrontar los hechos y dar al doctor Burlington la desagradable noticia.

El médico no se había movido del lugar que ocupaba.

—¡Por favor, por favor! —exclamó, al fin, en un nervioso estallido—. No quiero tomar café, y me importa poco quedarme helado. Me importa mi esposa, ¿es que no pueden comprenderlo? De una vez por todas, ¿quieren decirme dónde está?

Lakish carraspeó, indeciso. Cambió una mirada con Mark, que se encogió de hombros, y desvió los ojos, y miró directamente al doctor Burlington.

—Lo siento, doctor. Su esposa estaba muerta cuando logramos rescatarla de los restos del coche —pronunció, en voz baja.

Algo se rompió entonces en el interior de Warren Burlington. Se estremeció con un escalofrío que recorrió su cuerpo, desde los pies a la cabeza, palideció... ¿Iba a desmayarse?

No se desmayó. Permanecía en pie, rígido, apretados los labios, pálido el bronceado rostro.

Oía las explicaciones de Bob Lakish como si brotaran de un lugar remoto.

—...cercano a High Range. El conductor del camión no cometió el menor error. Conducía a poco más de veinte kilómetros por hora cuando el «Chrysler» chocó contra el camión, después de invadir la parte izquierda de la carretera. Una desgracia, una terrible desgracia, doctor Burlington. No sabe cuánto...

Warren veía a Susan riendo y bromeando, salpicándole de agua en la piscina del hotel en Acapulco, fingiendo un enfado, mirándole fijamente, con profundo amor; durmiendo plácidamente junto a él, con los rubios cabellos desparramados sobre la almohada...

Susan, llena de vida, Susan, bulliciosa, estallando de vigor, de juventud y de belleza. Susan...

Pero no. No debía seguir soñando: Susan había muerto. Un terrible accidente... Su cuerpo joven y hermoso, estaba ahora destrozado, roto y frío.

Lakish seguía, con su admirable intención de conseguir un poco de consuelo para él.

—...una verdadera lástima. Claro que con este tiempo... La televisión no hace más que dar noticias de dramáticos accidentes...

«¿Por qué no rompo a llorar? —sé estaba preguntando Warren—. No me importaría que estos hombres vieran mis lágrimas. ¿Por qué, entonces, no soy capaz de estallar en sollozos?»

Quizá porque no acababa de creerse del todo la terrible noticia. ¿Cómo imaginar a Susan en un cajón frigorífico, rota, manchada de sangre, desfiguradas sus lindísimas facciones?

—¿Puedo... puedo verla? —oyó su propia voz, de repente.

—Como quiera. Yo mismo la acompañaré. Es aquí, muy cerca, apenas a cien metros... En el depósito del Country Hospital —respondió Lakish.

Mark les acompañó también. Maldita las ganas que tenía de ver a aquella joven muerta, pero pensó que quizá podría echar una mano a Burlington, sí...

Los zapatos se hundían sordamente sobre la espesa capa de nieve. Los zapatos de Burlington se mojaron en seguida, pero él no lo notó.

Cruzaron un vestíbulo profusamente iluminado. Lakish habló en voz

baja con un hombre vestido con una bata de sanitario, y aquel individuo les precedió a través de los silenciosos pasillos.

No había frigorífico en el hospital de Grover Hills, pero tampoco hacía falta: la temperatura ambiente, en aquella solitaria sala, era bajísima.

Había una docena de mesas metálicas, con una losa de mármol encima. Sólo dos de aquellas mesas estaban ocupadas.

Lakish se adelantó al empleado, elevó con prudencia la sábana que cubría uno de los cuerpos, y luego la retiró un poco más.

Burlington avanzó despacio. No era miedo lo que sentía, sino esperanza.

La idea había surgido, de repente, en su atormentado cerebro... ¿Y si todo fuese un error, y si aquel cuerpo no fuera el de su amada Susan?

Era ella.

Los dorados cabellos estaban manchados de sangre, pero sus facciones no habían sufrido el menor rasguño. Estaban intactas, con el mismo tacto de terciopelo, de fruta madura, aunque ahora incoloras y frías.

Entonces brotó el primer sollozo hondo de sus labios.

Lakish se retiró pudorosamente para permitirle llorar.

—¡Dios mío, Dios mío...! —murmuraba Burlington, en medio de los violentos sollozos que estremecían su cuerpo vigoroso y recio.

A través de las lágrimas, buscó la mano derecha de Susan, y la acarició suavemente, con mimo.

Reconoció, al tacto, la sortija en el dedo anular y, sin poder contener su impulso, se inclinó y besó el aro de oro y los helados dedos.

¿Cuánto tiempo transcurrió antes de que Mark se acercara a él?

—Vamos, doctor —oyó la cálida voz del joven ayudante del *sheriff*—. Ya se ha desahogado. Seguir aquí no le hará ningún bien. Esto está helado; va a pillar una pulmonía...

Su instintiva reacción fue rechazar el brazo amigo de Mark. Pero no llegó a hacerlo... Lentamente se inclinó, rozó con sus labios la fría mejilla de Susan, y cubrió su cadáver con la sábana.

Sus pasos resonaban, en los largos pasillos solitarios, de regreso.

¿Por qué, por qué había ocurrido? ¿Imprudencia, accidente fortuito, impulso... suicida?

«No tenías derecho, Susan —pronunció *in mente*—. No niego que me dejé absorber por mis deberes profesionales, pero mi culpa no era tan grande... ¡No, no, Susan, yo no merecía un castigo tan terrible!»

De nuevo sus pies se hundían en la nieve. Un violento estornudo le estremeció.

—Va a resfriarse, doctor —decía Mark, a su lado— Veré de encontrarle un abrigo o un chaquetón de piel. En este pueblo no se

puede andar tan desabrigoado.

Buen chico, aquel Mark. Le sostenía por un brazo, suave, pero firmemente, y le vigilaba sin cesar, solícito.

El ambiente cálido de la oficina del *sheriff* rodeó luego a Burlington. Alguien puso en su mano una taza de café negro y caliente.

De forma inconsciente se llevó la taza a los labios y bebió un sorbo del ardiente líquido. Mark le empujó suavemente hacia el radiador más próximo, y le invitó a sentarse, tras lo cual le trajo una copa de «brandy».

—Susan, querida y alocada Susan, no debiste hacerme esto. Yo te amo... Yo te amaba locamente, hubiera dado por ti incluso mi vida, si hubiese hecho falta. Pero tú me has dejado solo, terriblemente solo...

El café descendía, quemante, a su estómago, y le reconfortaba. Probó un sorbo del licor y sus tiritones cesaron.

Lakish y Mark estaban sentados junto a él. No le hacían objeto de morbosa curiosidad, sino que permanecían atentos y solícitos, como si sinceramente fueran solidarios de su dolor, y quisieran ayudarle en todo lo posible.

—Tendré... tendré que llevarme su cadáver —dijo Burlington con voz que no reconoció como propia—. ¿Cuándo podrá ser?

—El doctor Folgham llevará a cabo la autopsia, esta misma noche. No creo que haya problemas con el juez, pues el asunto está claro. Así que no habrá inconveniente en obtener el permiso para el traslado de... del cadáver, en las primeras horas de la mañana...

Sería una noche muy larga. Probablemente, la más larga de su vida. Warren sabía que no podría dormir, que los pensamientos y los recuerdos más dispares se unirían a sus hipersensibilizados sentimientos para mantenerle en vela.

—No tiene que molestarse, doctor —decía Mark, mirándole con simpatía—. En Grover Hills tenemos una buena empresa de pompas fúnebres, muy especializada. Pueden embalsamar el cuerpo, si usted lo desea. En cualquier caso, yo mismo hablaré con Dick Brown, el gerente, y conseguiré que lo lleven todo a cabo, de forma rápida y satisfactoria.

—Hágalo, por favor —pidió Warren.

Se desvivían por atenderle, por hacerle menos amargos aquellos primeros momentos de dolor.

Mark salió y volvió quince minutos después.

—Ya está. Brown me ha dado su palabra de que todo estará dispuesto para la mañana —anunció.

—Gracias —pronunció Burlington, sin alzar la cabeza.

—Tendremos que reservarle habitaciones en Range Inn, el único hotel de este lugar —observó Lakish, amable—. Es cómodo, se encontrará muy bien allí. Voy a llamar por teléfono.

Se alejó. Mark le tendió un cigarrillo y se lo encendió. Burlington fumó mecánicamente, aspirando profundamente el humo.

—¿Quiere más «brandy», algo de comer? —preguntó Mark.

—Nada más, gracias.

Susan...

¡Qué vacío tan tremendo iba a dejar en su vida! Había tenido que luchar para vencer el terco orgullo de

Harvey Chassman, había trabajado ciegamente, sin descanso, sin dedicar atención a los amigos, sin tomarse un respiro.

Y ahora... ¡Un triste, estúpido accidente, se la arrebataba!

Las cosas debían ser más justas en este mundo; cada cual debería recibir lo que se mereciera. Pero él, Warren Burlington, no se había hecho acreedor a tan duro castigo.

Apuró de un trago la copa de «brandy». El fuerte licor hizo circular más aprisa su sangre a través de su sistema venoso, le animó un tanto.

Volvió Lakish. Le miraba con interés, con una cordialidad y comprensión que Burlington no hubiera imaginado jamás entre policías.

—Le han reservado una *suite*, doctor. Le atenderán muy bien: me he permitido recomendarle. Pero no hacía falta. Es usted un hombre famoso, y en cuanto cité su nombre, olvidaron todos los obstáculos que suelen oponer en esos sitios.

Asintió.

¿Cómo se sentiría el padre de Susan, cuando conociera la noticia?

Se incorporó tan bruscamente, que el *sheriff* y su ayudante se levantaron también, impresionados.

—Debo avisar a Harvey Chassman —dijo—. Es mi suegro.

Mark y Lakish cambiaron una rápida mirada.

—No corre prisa, doctor Burlington. Descanse ahora. Tiene que recuperarse... Puede hacerlo más tarde —expuso Lakish, tras una breve indecisión.

—Quédese un poco más —insistió Mark—. He enviado recado a mi casa. Aunque usted es más alto, los dos somos igual de corpulentos. Le dejaré un chaquetón nuevo...

—Se lo ruego —insistió el médico, tajante—. He de hablar por teléfono. ¿Puedo hacerlo desde aquí?

—Hágalo, si quiere. Lo tiene sobre la mesa —respondió Lakish, con una expresión enigmática en su ancho rostro.

Burlington descolgó el auricular, se aseguró de que había línea, y marcó un número, con movimientos vacilantes.

Tardaron mucho en tomar el teléfono, al otro lado. Pero Warren reconoció inmediatamente aquella voz. Pertenecía a Bill Davis, el secretario personal de Harvey Chassman.

—Ah, es usted, doctor Burlington —exclamó fríamente Davis—. Si su llamada tenía como objetivo el avisar al señor Chassman, debo decirle que él conoce ya la noticia, y está en camino a Grover Hills...

Colgó el teléfono, sin despedirse del desagradable Davis.

¿Quién había avisado a Chassman? ¿Habían encontrado, quizá, su dirección en la pequeña agenda que Susan solía llevar invariablemente en su bolso?

Era una explicación. Por otra parte, el apellido Chassman era suficientemente conocido en todo el Estado, y siempre existen personas obsequiosas, dispuestas a ganarse el agradecimiento de los poderosos.

Volvió a sentarse. Ahora no tenía prisas... porque sabía que la noche iba a resultar interminable.

Llamaron a Mark, y Warren encendió otro cigarrillo. El ayudante de Lakish volvió poco después. Traía en sus manos un magnífico chaquetón de cuero crudo, forrado de fina lana de cordero.

—Póngaselo.

—Gracias. No sé cómo agradecerles...

El chaquetón le venía bien, un poco corto, quizá. Un calorcillo agradable, íntimo, le envolvió en seguida.

¿Qué hora era ya? Las diez y media.

A aquella hora... el doctor Folgham estaría practicando la autopsia en el delicado cuerpo de Susan Burlington.

Warren se estremeció. El mismo había realizado centenares de autopsias, tiempo atrás. Había llevado a cabo aquel trabajo de forma fría e indiferente, como una faceta más de su labor profesional.

Era fácil. Había que practicar una incisión en la frente, bajo los cabellos, de forma que más tarde pasara desapercibida, si el cadáver era expuesto al público, antes del funeral.

Luego se abría el vientre para sacar muestras de las vísceras...

Warren imaginaba a Folgham utilizando eficientemente el bisturí, rasgando el cuerpo maravilloso de Susan...

—¿Quiere que le acompaña al hotel doctor? —preguntó Mark Davis.

Se incorporó pesadamente.

—Sí, vamos...

Lakish estrechó su mano con calor.

—Utilice el teléfono, si necesita algo, doctor. Ya sabe que puede contar con nosotros.

Murmuró unas palabras de agradecimiento, y salió en pos de Mark.

## Capítulo IV

SE encontraba en recepción, cuando alguien se detuvo a sus espaldas.

—Warren...

Se volvió.

Unos ojos verdosos y fríos, enmarcados en unas cejas velludas, le contemplaban.

Era un hombre tosco, de rostro cuadrado y expresión enérgica. Vestía un excelente abrigo de alpaca, bajo el que se adivinaba un traje de excelente calidad.

Aquel hombre era su suegro, Harvey Chassman.

Le acompañaban dos hombres jóvenes, altos y corpulentos, que vestían con idéntica elegancia.

Burlington los conocía de vista: eran los guardaespaldas que siempre escoltaban a su suegro, cuando éste abandonaba su imperio.

—Sube a mi *suite*. Tenemos que hablar. Mis habitaciones están en la segunda planta —dijo Chassman.

Y se alejó, sin estrechar su mano.

Era el mismo hombre de siempre: autoritario, enérgico, seguro de que sus indicaciones jamás serían olvidadas.

No parecía impresionado por la muerte de su hija. La expresión que Warren había podido captar en su rostro era la habitual. Chassman rara vez permitía que sus facciones reflejaran la más mínima emoción íntima.

—Esta es la llave de su *suite*. Un botones le acompañará, si lo prefiere —estaba diciéndole el encargado de recepción, un joven que la miraba con simpatía.

Aceptó la compañía del botones, que le guió hasta la planta de ascensores, aunque sus habitaciones estaban en la tercera planta.

En el pasillo, tropezó con una pareja de jóvenes, que bromeaban alegremente. Ella se apoyaba en el brazo de su acompañante.

¡Susan, Susan...!

El botones empujó la puerta. Warren buscó unas monedas sueltas en el bolsillo, el chico murmuró un rápido «gracias», y le dejó solo.

No miró el dormitorio, ni el baño ni nada. La temperatura en el *living* era cálida, confortable. Eso era lo único que le importaba.

Paseó durante unos minutos de extremo a extremo de la pieza.

¿Qué hacer? Eran las once menos cuarto de la noche... ¡Quedaban tantas horas de soledad hasta la mañana siguiente!

No quería ir a visitar a su suegro, en seguida. Adivinaba que la entrevista sería tempestuosa. Después de unas frías palabras de saludo, Harvey comenzaría con las frases agrias, con los exabruptos, con las recriminaciones...

«¿Cómo reaccionaré si mi suegro se manifiesta de forma violenta? — se preguntó—. Probablemente, mis nervios estallarán, los ánimos se caldearán... El gritará y yo gritaré más fuerte, probablemente incluso lleguemos a las manos.»

Pero no. Warren debía controlarse, por encima de todo. Sería indigno de su conducta el agarrarse con Harvey Chassman.

Se detuvo ante el teléfono, lo miró y rápidamente descolgó el auricular. Encargó que le subieran una botella de «brandy» y un cartón de cigarrillos «John Players».

Cinco minutos después, llegó un camarero. Llevaba una mesita con ruedas en la que venía todo lo que había pedido, más una botella de cerveza y unos entremeses muy atractivos.

—¿Por qué han traído los entremeses? —preguntó, hosco—. Sólo pedí cigarrillos y «brandy».

—Se lo envía el *maître*, doctor Burlington. Es Harold Beans. Usted... operó a su esposa, hace seis meses, Era un quiste maligno, muy peligroso, por lo que el señor Beans repite a menudo. Y usted la sacó adelante. El señor Beans pensó que usted necesitaría comer algo y...

El rictus de Warren se dulcificó. ¿Iba a responder con un exabrupto a un detalle tan delicado?

—Está bien. Gracias —respondió.

Encendió un cigarrillo cuando el camarero salió, vertió coñac en una copa y paladeó el licor.

El teléfono interrumpió su constante ir y venir, a lo largo del lujoso *living*.

—Siento molestarle, doctor Burlington, pero hay un joven que insiste tenazmente en hablar con usted. Está aquí, en el vestíbulo. ¿Quiere que le arrojemos fuera del hotel? — habló el recepcionista.

—¿Quién es?

—Tom Bates, un camionero.

Warren aplastó el cigarrillo sobre un cenicero de cristal.

—De acuerdo, dígame que suba —accedió.

¿Bates? No conocía a nadie que se llamase así. En realidad, no sabía decir por qué había accedido a que aquel hombre subiera a su habitación.

«Quizá me venga bien un poco de compañía», se dijo.

Llamaron a la puerta. Burlington fue a abrir y dirigió una franca

mirada al hombre que acababa de llegar.

Un joven de veintitantos años, de mediana estatura, fornido, ojos pardos, labios entreabiertos en un gesto de ansiedad.

—Pase —invitó.

Cerró la puerta. Tom Bates permanecía, un tanto rígido, a un paso.

—Siéntese, por favor.

—No... Discúlpeme, doctor. Sólo quería...

—Está bien. No se siente, si no lo desea. Bébase esa cerveza —señaló la bien surtida mesita—. O coma algo. Tómese una copa, fume. Y dígame lo que quiere.

—No podría beber, señor —Bates se aclaró la garganta—. Sólo quería decirle que... lo siento.

—Gracias —respondió Warren, mecánicamente. Y se sirvió un nuevo chorrito de «brandy». Miró a Bates. Parecía un joven sencillo, franco y bastante tímido. Preguntó—: ¿Me conoce usted?

—¿Conocerle? ¿A usted? No, doctor, es la primera vez que le veo, aunque... he podido comprobar, abajo, que es usted una persona muy importante —Bates se mostraba muy embarazado—. Verá, yo vine a decirle que... no tuve ninguna culpa.

—¿Culpa? ¿A qué se refiere? —Warren enarcó una ceja, intrigado.

—Pues... El coche de su esposa se estrelló contra mi camión. Pero ¡se lo aseguro! no pude evitarlo. Yo descendía a veintitantos kilómetros por hora, pegado a la cuneta... Bueno, ahora que lo pienso, creo que si el «Chrysler» no hubiera chocado contra mi camión, hubiera destrozado la valla y saltado al vacío. A la velocidad que iba, jamás hubiera podido tomar la curva, sin despiastarse.

Burlington dejó su copa sobre la bandeja y encendió un nuevo cigarrillo. Ofreció uno a Bates, que lo encendió con cierta ansiedad, y le miró a los ojos con gran interés.

—Le creo, Tom —dijo—. Bob Lakish aseguró que usted estaba libre de responsabilidad. Dígame, por favor, ¿cómo fue?

—Verá: es una curva engañosa. Se entra bien, pero se cierra rápidamente. De repente, vi aparecer el «Chrysler» azul... No tuve tiempo para ver más, pues el coche chocó contra mi camión. El golpe fue tan violento, que mi vehículo estuvo a punto de salir fuera de la carretera. Luego... me asomé por encima de la valla. El coche estaba allá abajo, y las ruedas giraban al aire. Bajé, quise ayudar, pero ya todo era inútil. Los dos ocupantes estaban muertos...

Burlington se volvió bruscamente, desde el otro extremo de la habitación.

—¿Ha dicho... los ocupantes?

Bates parpadeó, confuso.

—Claro. Eran dos: un hombre y una mujer. La mujer... Bueno, era su

esposa, según he sabido después. El hombre... un individuo de unos cuarenta años, cabellos oscuros, cortos, lisos...

Warren tomó la copa. El licor tembló en su mano.

—¿Sabe usted... quién era el acompañante de mi mujer? —preguntó, tratando de conservar la serenidad.

—No. La policía de carreteras llegó poco después. Llamaron por radio a Grover Hills, e hicieron venir una ambulancia. Luego me llevaron a la policía y al juez. Hice mi declaración, y después de realizar algunas comprobaciones, me dejaron en libertad. Debía seguir el viaje, pues no había ningún cargo contra mí, pero... me sentía mal, y decidí pasar la noche en Grover Hills. En una cervecería de la carretera, oí decir que la mujer que había muerto era la esposa del doctor Burlington, y que usted iba a hospedarse en Range Inn. Jamás tuve un accidente como éste. Me sentía... inquieto, y decidí venir a verle, aunque me costó un gran esfuerzo decidirme —terminó Bates, de un tirón.

Warren había palidecido. Así que Susan no viajaba sola, en el momento del accidente...

—¿Dijo que el coche era un «Chrysler»? —preguntó al camionero.

—Sí. Un «Chrysler» azul, nuevo, del setenta y siete.

Warren volvió a pasear, muy nervioso. El pensamiento, la sospecha, se agarraban a su corazón como una sanguijuela ávida de sangre.

De pronto, se detuvo ante Bales y dijo:

—¿De veras no quiere beber nada?

—No, no, doctor Burlington. Sólo vine... Bueno, ya lo sabe: no me sentía tranquilo, aunque no tengo nada que reprocharme. El venir a verle fue... un impulso.

—Si no hubiera venido a verme, yo me sentiría más tranquilo ahora —pensó el médico. Pero lo que dijo en voz alta fue—: Le agradezco que haya venido Tom. Y no tema, no le guardo rencor.

Le ofreció su mano, y Bates la estrechó con fuerza. Tras lo cual pronunció un saludo y se fue.

Burlington se quedó mirando a la puerta. Súbitamente, algo explotó dentro de él. Dejó la copa sobre la mesa, abandonó la *suite* y descendió a grandes zancadas por la escalera.

El recepcionista le miró con curiosidad cuando cruzaba el vestíbulo, pero no hizo ninguna observación.

El «Porsche» de Burlington estaba bajo la nevada marquesina del aparcamiento. Abrió la puerta, se dejó caer sobre el asiento y arrancó.

Sin detenerse, atravesó la carretera temerariamente y descendió hacia la comisaría. Un momento después, penetraba en la oficina de Lakish, como una tromba.

Mark y el *sheriff* elevaron la mirada de los documentos que estaban consultando. Al contemplar la expresión tempestuosa de Burlington,

entendieron que el médico no venía a agradecerle sus gentilezas.

—¿Quién era el hombre que viajaba con mi esposa, cuando se produjo el accidente? —preguntó, con voz vibrante.

Lakish se puso en pie.

—Se llamaba Larry McMichael —respondió, consciente de que ya no podría utilizar ningún subterfugio.

El bronceado rostro de Burlington se llenó de sangre.

—¡Quiero saber por qué me lo ocultaron desde el primer momento! ¿Por qué, por qué? ¿Es que yo no tenía derecho a saberlo? —gritó.

Mark dirigió una rápida mirada a su jefe. «Buena te ha caído encima», parecía decirle.

—Doctor Burlington, cuando registramos el bolso de su esposa, lo primero que encontramos fue una tarjeta de Harvey Chassman, dirigida a su esposa, y que comenzaba diciendo: «Queridísima hija...». Telefoneamos, por tanto, a Chassman, y fue él precisamente quien nos encargó que le avisásemos a usted, esposo de la víctima.

El señor Chassman, al saber que un caballero acompañaba a la señora Burlington, me pidió, por favor, que le ocultase este dato a usted...

Las manos de Warren temblaron.

—Y, claro, ustedes se apresuraron a obedecer las órdenes de mi poderoso suegro, ¿verdad? —bramó, colérico.

Lakish apoyó sus manos gordezuelas sobre la mesa.

—Doctor Burlington, yo no obedezco órdenes más que de mis superiores jerárquicos, sépalo de una vez —afirmó enérgicamente—. El señor Chassman *me rogó* que le ocultase ese dato. «Sería un golpe demasiado duro para Warren», añadió.

Carraspeó para aclararse la garganta, miró a Mark, y continuó:

—Así que se lo ocultamos a usted, por humanidad. Es posible que yo no tuviera derecho a callar un hecho de tal naturaleza, pero *no recibí* nada a cambio, por parte de Chassman. Quiero que esto quede claro.

—Es cierto —le apoyó Mark, mirando francamente al médico—. Somos personas sencillas, aquí en Grover, pero procuramos hacer un favor a quien lo necesita, doctor Burlington.

Warren se retorció las manos.

—Creo... creo que tienen razón —exclamó, más calmado—. Lo siento, me sentía tan desalentado, tan sorprendido... ¿Quién era el hombre?

—Larry McMichael, ya se lo he dicho —respondió Lakish, serio.

Claro. En el depósito había otro cadáver junto al de Susan.

McMichael... Warren apretó las mandíbulas.

—Discúlpame —rogó a los dos hombres— No sé si lo

comprenderán. Por un momento, rae... volví loco.

—No se preocupe —Mark le miraba con simpatía—. Le comprendemos. ¿Quiere que le acompañe hasta el hotel?

—¡No, no, gracias! Les estoy... muy agradecido por todo —contestó. Saludó brevemente y abandonó la oficina.

De vuelta al hotel, Warren recordó a Larry McMichael, el segundo empresario del Estado, un solterón de cuarenta años, que había estado persiguiendo a Susan hasta el momento en que ella y Burlington se conocieron.

McMichael era un hombre muy rico: fábricas de conservas, serrerías, transportes, hostelería...

Susan se lo contó todo, con la ingenuidad que era una de sus características personales: McMichael estaba loco por ella, la había estado persiguiendo durante cinco años, con las bendiciones de Harvey Chassman, que veía en McMichael el mejor partido para su hija.

Ya casados, Susan hacía, de vez en cuando, alguna alusión a McMichael. ¿Se habían estado viendo en secreto, quizá?

«Es posible que Susan sintiese *algo* hacia ese hombre —pensó Warren —, Quizá, desesperada, buscó consuelo en sus brazos.»

Susan, qué loca. .

Cruzó la carretera y llegó arriba. Aparcó descuidadamente el coche bajo la marquesina, y penetró en el vestíbulo del hotel.

Un gran espejo reflejó su alta silueta. Despeinado, con la faz descolorida, los ojos brillantes...

Harvey se habría cansado de esperarle. ¡Al diablo con él! De todas formas, Warren estaba seguro ahora de que la entrevista iba a ser algo más que tempestuosa.

Subió por la escalera hasta la segunda planta.

Una doncella le indicó la *suite* de Chassman. Pulsó el timbre. Uno de los elegantes *factótums* de su suegro le abrió la puerta y le invitó a pasar.

«Siempre rodeado de guardaespaldas... Como los cupos de la mafia», pensó, con sarcasmo.

Turbulentas ideas se mezclaban en su mente, mientras aguardaba, en el *living*, que Chassman le recibiera. Uno de los guardaespaldas había penetrado en la habitación privada de su suegro.

—Pase, doctor Burlington —le invitaron.

Warren apretó los puños.

De una vez por todas, estaba decidido a hablar claro al poderoso empresario. Iba a decirle cuánto le odiaba, cuánto le despreciaba, cuánto...

Entró en la alcoba.

Harvey se alzó del lecho. Sus siempre bien peinados cabellos negros estaban ahora desordenados, y sus párpados aparecían hinchados y

húmedos. ¡Había estado llorando...!

De todas formas, Burlington no pensaba ablandarse, ante aquella muestra de sensibilidad.

De hecho, las furiosas recriminaciones estaban formándose ya en los labios de Burlington, cuando Harvey alzó su rostro desencajado y dolorido, y exclamó:

—Hijo...

## Capítulo V

FUE una escena muy emotiva.

Harvey se puso en pie y le abrazó. Al advertir que los brazos de Burlington caían rígidos a lo largo del cuerpo, dijo:

—Lo sé, lo sé, hijo. Nunca tuvimos demasiado tiempo para hablar, para conocernos, para entendernos... Tú, en el hospital, en tu consulta. Yo, pendiente siempre de los negocios... ¡Es absurdo!

Volvió a abrazarle. Aunque bastante más bajo de estatura que Burlington, Chassman era un hombre muy robusto, y sus músculos se conservaban todavía duros. Había sido boxeador en su juventud, y todavía dedicaba uno o dos días semanales a practicar ejercicios físicos.

—No voy a mentirte, Warren —siguió hablando—. No me gustaste como marido de Susan. Eras... un intelectual. Demasiado culto para mí, ¿sabes?, que no pude ir a la Universidad, ni siquiera a la escuela secundaria. Pero ahora...

—¿Ahora?

—Cuando el *sheriff* de Grover me dio la terrible noticia, algo se rompió dentro de mí. Susan era para mí... lo único. La he perdido, y sólo me quedas tú...

—¿Yo? —preguntó Warren, sorprendido.

—Ella te quería apasionadamente. Algo debes tener tú para que ella te amase así. De todas formas, tú eres ahora el único lazo que me une a ella. Te lo ruego, Warren, no discutamos, no peleemos... Te necesito.

—Yo la necesitaba a ella —murmuró Warren, separándose de Harvey y yendo hasta el otro extremo de la espaciosa alcoba—. Pero Susan está muerta. La encontraron destrozada bajo un automóvil, en compañía de Larry McMichael. ¿Cómo crees que me siento yo ahora? Probablemente, Susan me era infiel con ese tipo. Pero a ti sólo te importa guardar las apariencias. Por eso te apresuraste a ordenar que nadie hablase de McMichael...

Harvey se dejó caer sobre el lecho.

—¿Eso es lo que piensas? —exclamó, lastimado—. Lo hice por ti, sólo por ti... Ahora veo que tú no conocías bien a Susan. Ella te amaba a ti, y siempre fue leal. Susan era alocada, irreflexiva, un poco aniñada, pero también la mujer más fiel que he conocido. Sé que cometió algunas tonterías. Bebía, trasnochaba y todo eso... Pero tú no te dabas cuenta de

que lo único que ella pretendía era llamar tu atención, obtener tu dedicación, tus caricias...

Había hablado fervientemente, como aquel que posee la verdad absoluta. Y, a su pesar, Warren se sintió impresionado.

—Entonces, McMichael...

—Tiene que haber una explicación, hijo. Susan y yo estuvimos juntos un rato, ayer. Hablamos. Habló de sus celos, de las bellas enfermeras del hospital, de... ¡qué sé yo! Ya sabes lo que dice una mujer, cuando se siente celosa. Pero de una cosa estoy seguro: ella seguía estando locamente enamorada de ti...

Apoyó la cabeza en la almohada.

—Di que traigan algo de beber, hijo. Lo necesito —pidió.

Parecía un hombre hundido, derrotado. Era evidente que la trágica muerte de Susan le había afectado mucho más de lo que Warren hubiera podido imaginar.

Salió al *living* y dio el encargo a uno de los jóvenes que esperaban, silenciosos, sentados en un diván.

Unos minutos después, trajeron una bandeja con varias botellas.

—«Brandy» —pidió Chassman. Y Warren le tendió una copa, que su suegro bebió de un trago. Tuvo que volver a llenársela inmediatamente.

Sí, debía estar afectado, para beber de aquella forma. Porque Harvey Chassman era un hombre de costumbres más bien rígidas, puritanas, a pesar de su colosal fortuna.

También Warren bebió varias veces. Hasta que, de repente, comprendió que estaba sintiéndose borracho.

«¡Qué vergüenza! —pensó—. ¡Si me llamaran urgentemente para operar...!»

Siempre el dichoso sentido de la responsabilidad, del deber... ¡Al diablo con su profesión! Esta noche era para él, para Susan, para Harvey, para los recuerdos en común, para saborear hasta la última gota aquel sabor de soledad, de intensa amargura.

Harvey estaba sentado en el borde de la cama, con el rostro oculto por las anchas manos y los codos apoyados sobre las rodillas.

—Es extraño —dijo, de pronto. Había separado las manos y miraba fijamente hacia algún lugar remoto.

—¿Qué...? —exclamó Warren, distraído en sus pensamientos.

—El accidente, el hecho de que McMichael acompañase a Susan.

—¿Por qué?

—Mira, hijo: Susan te quería a ti. Esto no admite discusión. En cuanto a Larry, hace una semana me llamó para decirme que estaba prometido. Parecía muy animado, extraordinariamente feliz. La mujer con la que iba a casarse, según me dijo, era una simple mecanógrafa de una de sus empresas. Le felicité y él se mostró muy interesado en que

tanto vosotros dos como yo asistiéramos a su boda, que se celebraría en febrero.

Warren encendió un nuevo cigarrillo. Lo que acababa de decir Harvey era sumamente importante.

—¿Cómo imaginar, entonces, que McMichael hubiera intentado seducir a Susan? Es absurdo —añadió Chassman.

Sí. *Parecía* absurdo, fuera de lugar. Pero...

Bebieron todavía un rato. Y charlaron, sí, charlaron extensamente. Nada de recriminaciones, de frases violentas. Por el contrario, se diría que la desgracia había unido a aquellos dos hombres que siempre estuvieron separados.

—Me marchó —dijo Warren, de pronto—. Tienes que descansar, Harvey.

—¿Piensas dormir?

—No podría. Pero tú...

—Yo tampoco dormiré. No podemos velar a Susan en el depósito de cadáveres, pero podemos hacerle el pequeño homenaje de permanecer juntos esta noche. Quédate, Warren. Hablaremos. Yo... te necesito ahora, hijo. Tu compañía me sirve de consuelo. Es... como si, de alguna forma, ella continuase entre nosotros.

Warren le miró fijamente. Luego tomó una silla, la acercó al lecho y se sentó. Por primera vez empezaba a sentir por Harvey Chassman un sentimiento que no tenía que ver nada con la aversión.

\* \* \*

Volvieron a la ciudad.

Warren hizo el viaje en el enorme «Continental» de su suegro, porque así se lo pidió Harvey. Un mecánico conduciría el «Porsche» hasta la ciudad.

La fúnebre caravana se puso en marcha a las siete de la mañana, cuando aún era de noche. Delante iba el automóvil que transportaba el féretro con los restos de Susan, detrás el coche de Harvey, y en tercer lugar el vehículo que conducía el cadáver de Larry McMichael.

—Aún no puedo creerlo —murmuraba Harvey de vez en cuando, durante el trayecto. E inconscientemente, buscaba la mano de Burlington.

Warren se sentía perplejo. Comenzaba a comprender que jamás había sabido cómo era, en realidad, Harvey Chassman. Ahora, precisamente ahora, cuando la fatalidad se había abatido sobre ambos, empezaba a conocerle. Y no, no era el hombre frío, indiferente y duro que siempre había imaginado. Era sencillamente un hombre de una fuerte personalidad, rígido en su conducta, pero sensible y sumamente afectivo

en su intimidad. A las once llegaron a la ciudad. La caravana se dirigió directamente a la más importante empresa de pompas fúnebres, donde fueron entregados los cadáveres, pues el funeral se celebraría aquella misma tarde.

—Tengo que ir a casa —observó Warren—. Debo buscar un traje apropiado para el funeral.

—Te llevaré hasta Peak Cliff —dijo su suegro—. Vuelve a casa después.

Ya a solas en su bonita residencia, Burlington sintió que el mundo se le venía encima. De bruces sobre el lecho que tantas noches había compartido con Susan, lloró amargamente durante largo rato.

Al fin se incorporó. Tomó el marco con la fotografía de Susan, de la mesita de noche. Contempló fijamente el juvenil rostro, los ojos azules, chispeantes, sinceros...

—No —murmuró con fe—. Ella nunca me sería infiel. Por encima de cualquier otra cosa, incluida la insatisfacción sexual.

Fue al baño, se duchó y se puso un batín. En la cocina se preparó un bocadillo. No tenía apetito, pero necesitaba comer.

Durmió un par de horas, y se levantó a las cuatro de la tarde. Escogió un traje oscuro, se vistió sin prisas y llamó por teléfono para pedir un taxi.

Susan, como su padre, era católica, por lo que la ceremonia del funeral consistiría en una misa de *corpore insepulto* en el templo de Saint John.

Warren llegó a las cuatro y media. El templo estaba lleno a rebosar de familiares de los Chassman, de empleados, de conocidos y amigos. También pudo ver a numerosos empleados del hospital, médicos y enfermeras.

Al avanzar por el pasillo, vio a la joven doctora Elizabeth Wilson, interna del hospital, que le envió un tímido ademán de pesar y afecto. Junto a ella estaba el doctor Chad Coburn, jefe del almacén de medicamentos y viejo compañero de la infancia de Warren Burlington.

Ambos estrecharon fugazmente su mano, y pronunciaron unas palabras de consuelo.

Luego Warren se reunió con Harvey Chassman. Al pie de la escalinata que llevaba al altar, estaba el bello féretro de nogal que cobijaba el cuerpo de Susan.

La tapa había sido retirada, y el rostro de Susan era visible. Parecía viva. Desde luego, los embalsamadores de Grover Hills y los empleados de la ciudad habían realizado un trabajo primoroso, con los pobres restos.

Harvey le dirigió una mirada de aliento, cuando Warren ocupó un lugar junto a él. Luego comenzó la larga misa del funeral.

Warren sabía lo que le aguardaba al final: el sacerdote situaría a los más próximos familiares junto al catafalco e invitaría a sus familiares y amigos a despedirse de la difunta y a manifestar su condolencia a sus deudos. Una costumbre, un rito, una tradición... que suponía un amargo trago, un recordar de nuevo tantas amarguras.

Cuando finalizó la misa, Harvey y Warren se aproximaron al féretro. Durante unos segundos ambos contemplaron, en silencio, el rostro marmóreo de Susan. La habían maquillado ligeramente, y la habían vestido con una preciosa túnica azul. Las finas manos estaban cruzadas sobre el pecho.

Como había hecho en el depósito de Grover Hills, Warren se inclinó, dominado por la emoción, y puso un beso en las frías mejillas. Luego besó también la mano derecha, cuyo dedo anular lucía el sencillo aro de oro de bodas.

Warren sintió, de pronto, el impulso irresistible de recuperar aquella sortija. Disimuladamente, tiró del anillo. No le importaba el valor de la pequeña joya, despreciable, sino lo que suponía como recuerdo de Susan.

Pero el anillo no salía fácilmente. Caso insólito, porque Susan lo había perdido en varias ocasiones.

Decidido a recuperarlo a pesar de todo, tomó la mano por la muñeca e hizo girar la pequeña sortija hasta que, con gran esfuerzo, la tuvo en su mano.

Centenares de personas pasaron ante ellos para testimoniarles su pésame. Para Warren, que sólo sentía necesidad de huir de aquel lugar, fue una ceremonia penosa, insoportable. Hubo de estrechar mecánicamente las manos de personas conocidas, de amigos, de subordinados, de parientes...

Al fin, los uniformados empleados de la funeraria cerraron el féretro y lo llevaron hasta el automóvil que esperaba en el patio interior.

El cementerio, la inhumación, los comentarios que escuchaba a su alrededor, todo aquello le cansaba y le mareaba.

Cuando el ataúd desapareció en el hueco del pequeño panteón Chassman, Warren cerró los ojos. Volvía a estar solo. Y ni siquiera tenía un hijo de Susan...

Sin idea preconcebida, Harvey y él se unieron, cuando terminó el enterramiento.

—Warren... No voy a pedirte que vengas a vivir conmigo. Supongo que necesitas independencia, intimidad, libertad de movimientos, todo eso. Sin embargo, te ruego que vengas a verme cuando tengas un rato libre. Ahora sólo te tengo a ti —dijo Chassman.

Su voz vibraba con un trémolo especial. Era la soledad, el mismo mal que afligía a Burlington.

Warren puso una mano sobre el hombro de su suegro. Intentó sonreír, pero sólo le salió una mueca amarga

—Nos veremos con frecuencia, Harvey —prometió—. Ahora... necesito reflexionar, pensar, tal vez descansar.

—De acuerdo. Hasta pronto, hijo.

Fuera del cementerio, alguien le cortó el paso. Era Chad Coburn, el jefe del almacén de medicamentos. A Warren no le era muy simpático Chad. Quizá porque era excesivamente servicial y obsequioso. O tal vez se debiera a su cara estrecha, sus ojos demasiado juntos e inquisitivos, su faz pálida ó su cráneo parcialmente calvo; La verdad era que Chad y él eran de la misma edad, pero Coburn parecía mucho más viejo.

—Warren, no voy a decir que lo siento. Ya puedes imaginártelo. Tú y yo hemos, sido uña y carne, desde que teníamos poco más de diez años. ¿Quieres que te lleve a algún sitio? Tengo mi coche aquí mismo, a unos pasos —se ofreció, con su característica obsequiosidad,

—No te molestes, Chad. Tomaré un taxi.

—¿Un taxi? Ni pensarlo. Para eso estoy yo aquí. Vamos, ven. Aquí mismo.

Warren se rindió. En verdad, si a alguien no quería ver en aquel momento era a Chad. Era un amigo, sí. Un amigo de la infancia. Juntos habían crecido, estudiado... Juntos se habían convertido en hombres. Pero Chad era tan untuoso y reiterativo... Siempre se había sentido aturdido por el derroche de atenciones de que le hacía objeto Chad Coburn.

En fin, con tal de no tener que aguantarle durante mucho tiempo...

Chad le abrió la portezuela de la derecha, y Warren se dejó caer sobre el asiento deshilachado del viejo «Ford» de su amigo.

—¿A casa? —preguntó Coburn.

—Sí.

El coche se separó de la acera y rodó por la carretera hasta alcanzar Park Road. Chad le miraba de reojo continuamente, quizá preocupado por su estado de ánimo, siempre atento y vigilante.

Transcurrieron unos minutos. Chad conducía hacia el norte, para alcanzar West Avenue, la calle que llevaba a la zona residencial de Peak Cliff.

—Debió ser horrible, ¿no? —dijo, de pronto.

—¿Cómo?

—Me refiero al accidente de Susan. He oído decir que murió instantáneamente. ¡Pobre Warren! Porque vosotros erais tan felices... En cierta ocasión, tuve que auxiliar a las víctimas de una colisión... ¡No quiero recordarlo! Sacamos de un coche a una jovencita cuyo tronco estaba abierto por el esternón. Fue...

—¡Por favor, Chad! —gritó Warren, fuera de sí—. ¿No se te ocurre

hablar de otra cosa?

—Discúlpame. Comprendo que tú, después de lo de Susan... Bueno, me callo. Soy un estúpido. No poseo el tacto necesario. En fin, de alguna forma trataba de distraerte.

—Lo sé. Gracias.

Callaron de nuevo. Poco después, Chad volvió otra vez a la carga, pero una penetrante mirada de Burlington le obligó a enmudecer.

De todas formas, Warren notaba que su amigo le observaba continuamente, con los ojos brillantes de curiosidad. ¿Qué le pasaba? ¿Deseaba averiguar algo, profundizar hasta lo más íntimo en su dolor?

Coburn siempre había sido un tipo raro. Desde que ingresaran en la Universidad, Chad había dado muestras de poseer un carácter singular, más bien retraído, introvertido. Su constitución física era débil, enfermiza, lo que le imposibilitaba para la mayoría de los deportes.

Cuando Warren terminó su doctorado en Medicina, empezó Cirugía. Chad iba dos cursos retrasado, pero finalizó Medicina y se inclinó también por las especialidades quirúrgicas. Conseguir el doctorado le había costado sangre, pero poseía una voluntad indomable, y se convirtió en cirujano. Por desgracia, cuando realizó las primeras intervenciones, los resultados fueron tan adversos que Coburn tuvo que abandonar la Cirugía.

Después de ejercer tres años la medicina en un pueblecito próximo, había conseguido el empleo de jefe del almacén de medicamentos en el hospital central.

Un súbito frenazo. La cabeza de Warren golpeó contra el cristal parabrisas. Fue un golpe tan fuerte que, por un instante, se sintió atontado.

—¡Warren! ¿Qué ha sido eso? ¡Oh, oh, lo siento! ¡Qué torpe soy! — Chad le tomaba por los hombros, observaba su frente, se preocupaba...

—No es nada —Burlington empujó la portezuela y salió.

—Pero... no puedo dejarte ir así. Debo...

—Gracias, Chad. Nos veremos en el hospital. Ahora quiero estar solo.

—Ya... Pensé que podía acompañarte un rato. Bien. Buenas tardes, Warren. El coche arrancó bruscamente, y se alejó haciendo eses.

Warren siguió el coche con la vista y pensó:

«Está chiflado.»

Atravesó el jardín, buscó la llave y entró.

El teléfono estaba zumbando en el gran salón-estudio.

—Warren Burlington.

—Dakirian —era el director del hospital—. Lamento no haber asistido al funeral de Susan, Warren. A esa hora estaba en el quirófano. ¿Qué tal estás?

Tragó saliva.

—Bien.

—De todas formas, tómate el tiempo que necesites. Nosotros nos ocuparemos de tu trabajo. ¿Necesitas algo, Warren?

—Nada, Dick. Te agradezco tu llamada.

—Cuídate. Te llamaré en cuanto pueda.

Poco después, llamó la señora Ethel Dorado, la asistenta.

—He ido tres veces a verle, doctor. Pero no estaba. Ya sabe cuánto siento... Bueno, estará usted hasta las narices de escuchar las mismas fórmulas. Pero usted sabe cuánto les aprecio. No, no voy a molestarle mucho. ¿Quiere que vaya a ocuparme de la casa?

—No es necesario. Venga la semana próxima. Verá, Ethel... Probablemente, no aguantaré muchas horas aquí. Los recuerdos...

—Sí, lo sé. Animo, doctor. Hay que seguir adelante.

—Gracias.

Colgó y desenchufó el cable del magnetófono automático. ¿Para qué necesitaba seguir grabando las llamadas ahora? En los días próximos, no pensaba atender a nadie.

Se cambió de ropa. Se puso unos pantalones de andar por casa y un jersey. Y conectó la calefacción.

Su estómago vacío reclamaba alimentos. Fue a la cocina y comió con apetito, abundantemente. Y se sintió culpable por ello.

Vertió vino tinto en un vaso.

—«*Intoxicación por alcohol en la sangre*» —había dictaminado el forense, doctor Folgham, después de la autopsia del cadáver de Susan. También Larry McMichael estaba borracho. Folgham había tenido la gentileza de informarle.

Susan, borracha, conduciendo un automóvil por las peligrosas carreteras nevadas, exponiéndose a...

El coche no era el pequeño «Fiat» deportivo de Susan, sino un lujoso «Chrysler», de Larry McMichael.

¿Qué misterio existiría detrás de aquel absurdo viaje?

En aquel momento, recordó el anillo que había arrebatado de la mano de Susan, muerta,

Dejó el vaso de vino sobre la mesa, se limpió los labios y corrió al dormitorio.

Un momento después, tenía la pequeña sortija en la mano. Le bastó un vistazo para comprender que aquél no era el anillo de bodas de su esposa.

## Capítulo VI

BUSCÓ una lupa en el pequeño despacho, y miró el interior del aro de oro.

No había ninguna inscripción.

Curioso. El anillo de Susan ponía «*Warren-Susan - 1977*»... El que tenía en la mano ahora era, además, más estrecho.

¿Cómo había llegado aquella sortija al dedo anular de Susan? Misterio. Un pequeño enigma, como el del paradero del anillo auténtico de su esposa.

Llamó a la central telefónica de Grover Hills y pidió que le pusieran con Dick Brown, pompas fúnebres.

—¿Me recuerda? Soy el doctor Burlington. Me siento intrigado: el anillo que extraje del dedo de mi esposa, antes de ser enterrada, no era el suyo. ¿Hay posibilidad de que algún empleado lo cambiase inadvertidamente por otro semejante? —consultó.

—Un momento, doctor Burlington. Voy a preguntar a mis empleados. Dos minutos después, Brown volvía al teléfono.

—La respuesta es negativa, doctor. Dos de mis empleados lavaron el cadáver y untaron las manos con una crema hidratante que da una mayor textura a la piel. Verá: pensaron quitarle el anillo para aplicar la crema, pero... estaba tan ajustado que desistieron de ello. Si pudiera ayudarle de otra manera...

—No, no. Eso es todo, muchas gracias —respondió Warren. Y colgó.

Volvió a llamar a la funeraria local, donde habían vestido el cadáver, y la respuesta fue parecida: no habían tocado el anillo, no había posibilidad de que alguien lo hubiera cambiado por otro semejante.

Era una incógnita que rápidamente inquietó a Burlington.

—«*Tiene que haber una explicación*» —había invocado la madrugada anterior Harvey Chassman. ¿La habría, también, para aquel incomprensible cambio de anillos?

Vertió un chorro de vino en su vaso. No sentía cansancio alguno. Por el contrario, sentía un temor supersticioso a meterse en la cama. Por otra parte, apenas eran las ocho de la noche.

¿Qué era lo que necesitaba? Compañía.

En aquel momento, zumbó el teléfono.

—¿Sí?

—¿Eres tú, Warren? Soy Lizza Wilson. No, no te llamo para darte el pésame. Pensé que... podías sentirte solo, que quizá necesitas algo, ya sabes.

—¡Lizza! Precisamente... Bueno, me alegro de que me hayas llamado. Sí, me vendría bien un rato de charla... contigo. ¿Vienes aquí o paso a recogerte?

—No sé... Quizá sería mejor para ti salir de casa. Podíamos dar una vuelta en coche por las calles. ¿Qué tal?

—Bien. Antes de media hora, estaré en la puerta de la residencia —prometió.

Fue a la alcoba y corrió la puerta del ropero. Allí estaba el magnífico chaquetón de cuero que le había prestado Mark Dalvis, el policía de Grover Hills.

«Tendré que ir un día de éstos a devolvérselo —pensó—. Esta noche lo usaré por última vez.»

Se puso un pantalón, unas botas de gruesa suela y el confortable chaquetón.

Desde la cocina, pasó al garaje. El «Porsche» estaba allí desde las doce de la mañana. Pulsó un botón, y el portón eléctrico se alzó.

A las ocho y media frenaba ante la residencia para estudiantes donde vivía Lizza Wilson.

No tuvo que apearse: Lizza apareció un momento después. Estaba muy elegante y juvenil, con su corta gabardina blanca y sus botas altas, del mismo color.

Al verla aproximarse, Warren recordó a Susan. Ambas eran de estatura semejante, sólo que Lizza era más morena y sus facciones más exóticas. Por lo demás, ambas tenían veintidós años. Bueno, Lizza...

Empujó la puerta de la derecha, pronunció un saludo e invitó a acomodarse sobre el asiento a la joven.

Arrancó. La miró fugazmente. Lizza tenía un perfil muy bello, aunque su nariz era un poco respingona. Tenía los ojos oscuros, profundos, unos pómulos de melocotón y unos labios gordezuelos y húmedos como los de una chiquilla.

Warren le ofreció un cigarrillo y ella lo tomó, un poco nerviosa.

Mientras le ofrecía la llama de su encendedor, el médico recordó que alguien le había dicho que entre los internos y las enfermeras del hospital se rumoreaba que Lizza Wilson estaba enamorada de él.

Este pensamiento le obligó a observarla con mayor interés aún. Sí, era muy guapa. Tenía encanto juvenil, pero además se notaba en ella un aire de responsabilidad, de profundidad y madurez, a pesar de su juventud.

«Desde luego, Lizza no parece una de esas... "coco-vacío"», pensó.

¿Y si fuera verdad que Lizza estuviera enamorada de él?

Inmediatamente, Warren se sintió embarazado. Podía verles algún conocido. ¿Qué pensarían de él, que acababa de enterrar a su esposa aquella misma tarde?

Lizza fumaba en silencio. Desde luego, también ella estaba pendiente de Burlington, aunque sus miradas fueran discretas, disimuladas.

—Hablemos de algo —dijo él, nervioso, tras un prolongado rato en silencio. El coche rodaba a pequeña velocidad a lo largo de una ancha calle, casi sin circulación de vehículos.

—Te sientes terriblemente solo, ¿verdad? —dijo ella, sin mirarle.

—Sí. Me siento triste, hundido, asfixiado por la soledad —confesó Warren, dirigiéndola una mirada fugaz.

Lizza se volvió hacia él.

—Quizá no sea la ocasión más propicia, pero no puedo esperar más, tengo que decírtelo: hace más de un año que estoy enamorada de ti —pronunció.

Warren pisó el pedal del freno. El «Porsche» se detuvo en seco, en mitad de la calzada.

—¿Qué has dicho? —la miraba, pálido.

Lizza le hurtó la mirada. Toda la entereza que demostrara un momento antes, había desaparecido. Sus manos temblaban.

—Lo siento —murmuró—. Fue un impulso. Tu soledad me empujó a desahogarme. No sé, quizá traté de darte alientos, de animarte a seguir... Te he molestado, ¿verdad?

—Me has... sorprendido —reconoció.

—No importa. Olvídalo. Vayamos a algún sitio, tomemos una copa —habló ella, atropelladamente.

Warren dio al contacto, y el coche se puso en marcha. Se sentía profundamente desorientado. ¿Debía sentirse orgulloso, agradecido, ofendido...?

Abandonaron la ciudad por la carretera del Norte, y se detuvieron en un «motel», situado a pocos kilómetros. Bajaron del coche y penetraron en el bar, sin cambiar una palabra.

Temaron asiento ante una mesita alejada de la concurrida barra. Cuando se acercó una camarera, ella pidió un café, él, un «brandy».

Charlaron de temas relacionados con la medicina, con el hospital. Lizza desviaba la mirada para evitar los grises ojos de Warren, pero luego la tensión cedió y ambos hablaron como dos viejos amigos.

Inexorablemente, la conversación desembocó en la muerte de Susan. Warren contó algunos detalles del accidente, sin ocultar que un amigo acompañaba a su esposa, cuando tuvo lugar la tragedia.

Luego sacó del bolsillo del pantalón el anillo, y lo mostró a Lizza.

—Me obsesiona este asunto —confesó—. ¿Cómo, cuándo, por qué y... quién cambió el anillo? El suyo entraba holgado, éste, por el

contrario, apretado.

—Tal vez Susan perdió el suyo. Pudo comprar otro, sin inscripción, para que tú no te disgustases, al advertir la pérdida —dijo Lizza.

—Sí, es posible —respondió él, pensativo—. Aunque no era ése su estilo.

—¿Qué es lo que piensas? —exclamó ella. Y se corrigió inmediatamente—, Oh, discúlpame, soy terriblemente inquisitiva, absorbente.

—Tengo que poner mis ideas en orden. Ahora me siento... desorientado. Pero olvidemos eso. ¿Quieres comer algo?

Tomaron una cena ligera, bebieron unas cervezas y charlaron todavía un rato. Hacia las diez, Warren devolvió a Lizza a su residencia.

—Olvida lo que te dije, Warren —rogó ella, cuando se despedían—. A veces, soy tremendamente impulsiva y apasionada.

Warren abrió los labios para decirle algo, pero ella se alejaba ya, alzando una mano en señal de despedida.

De regreso a Peak Cliff, Warren marcó un número de teléfono.

—Sí, Sally Monahan. ¿Warren?

—En efecto, soy yo. Disculpa que te llame, a estas horas. Quería hacerte una consulta... reservada. ¿Sabes si... Susan pensaba ir a algún sitio, en la tarde de ayer?

—En la tarde, precisamente, no sé. Pensábamos asistir juntas al *cocktail* de la Expo- Artesanía del Noroeste. Era Susan la que tenía verdadero interés en asistir. Quería comprar algunas cosas para la casa, ya sabes. Pero después... Bien, ha sido una horrible tragedia, Warren, todavía no me he hecho a la idea de que Susan... Debes sentirte desolado, ¿verdad?

—Puedes imaginártelo. Buenas noches, Sally. Gracias.

Dio la vuelta al bar, sacó una botella y vertió un chorro de licor en un vaso, tras lo cual se dejó caer en un diván y reflexionó.

Susan estaba citada para las siete de la noche con Sally Monahan, una de sus mejores amigas. Pero, naturalmente, no acudió. Aquello parecía indicar que el viaje de Susan a las montañas se debía a un motivo imprevisto. ¿Un aviso telefónico, quizá?

Se incorporó vivamente, y rebobinó el magnetófono adaptado al teléfono. Al darle al botón de reproducción, se oyó una conversación de Susan con su dentista. Entonces rebobinó hacia adelante hasta que llegó a la mañana del día en que Susan había muerto.

—...gravemente herido. Es urgente.

Nuevamente hizo retroceder la cinta, hasta el principio de aquella grabación.

—Diga.

—La señora Burlington, supongo —una voz femenina.

—En efecto, soy Susan Burlington. Diga, por favor.

—Siento comunicarle que su esposo ha sufrido un accidente, en las proximidades de Chelham.

—¿Warren, Chelham? ¡Eso es imposible! —la voz alterada de Susan—. Mi esposo hace apenas veinte minutos que marchó hacia el hospital. Chelham está a unos doscientos cincuenta kilómetros de aquí. Materialmente, no ha tenido tiempo para llegar allí.

—Escúcheme con atención, señora: yo soy una operadora de la policía. Me han ordenado que la avise, eso es todo. Al parecer, su esposo fue recogido en esa ciudad por un helicóptero. Un asunto urgente: había que operar a vida o muerte. Por desgracia, el helicóptero en que viajaba su esposo se estrelló en las estribaciones de Wapitah Mountains.

—¡Dios mío! —Warren se estremeció, al escuchar la vibrante voz de su esposa—. ¿Entonces...?

—Debe venir a Chelham cuanto antes. Su esposo está gravemente herido. Es urgente. Le están atendiendo en el hospital del condado.

—*Iré... en seguida* —respondió Susan. Y todavía se oyó un convulso—. ¡Dios mío...!

Warren se sintió conmovido. Probablemente, aquéllas eran las últimas palabras pronunciadas por su esposa.

Pero se equivocaba. Como no había parado el magnetófono, en seguida sonó el característico *clic* del principio de otra grabación.

—¡Por favor, no me moleste ahora, no puedo perder el tiempo! —era la voz angustiada, urgente de Susan—. ¿Quién es?

—Cálmate, Susan. Soy yo, Larry McMichael. Acaban de decirme que tu esposo ha sufrido un gravísimo accidente, en Chelham. Precisamente me disponía a emprender viaje a mi serrería de Camp Mansfield, cerca de Chelham. Puedo llevarte hasta allí.

—No, Larry. Yo...

—No seas niña. No voy a comerte. Tranquilízate, Susan. Estoy comprometido, voy a casarme dentro de un par de meses. Sólo trato de hacerte un favor. Imaginé que estarías preocupada y nerviosa. No es recomendable conducir en ese estado.

—Está bien, Larry. Ven. Te estaré esperando en la puerta —respondió Susan.

—*Voy para allá* —acabó McMichael. Y la grabación terminó.

Warren detuvo el magnetófono.

Una gran conmoción se había apoderado de su espíritu. Porque en la cinta magnetofónica tenía la prueba de que Susan había sido víctima de un engaño.

Alguien, con retorcida y diabólica habilidad, la había arrancado de su casa, y empujado hacia la muerte.

## Capítulo VII

BURLINGTON se decidió, a las once de la noche. Se sentía muy inquieto. Tanto, que le era preciso compartir aquella inquietud con una persona de confianza.

Marcó el número privado de Harvey Chassman, y esperó.

Un momento después, sonó la seca voz de Bill Davis, el secretario personal de Chassman.

—Residencia de míster Chassman. ¿Qué desea?

—¿Es que no conoce mi voz, Davis? Diga a mi suegro que se ponga.

—Ah, el doctor Burlington... El señor Chassman descansa. No sé si...

—¡Dígale que se ponga! —gritó Warren, impaciente.

Bill Davis le profesaba una clara antipatía. Pero ¿por qué?

—¿Warren?

—Sí, Harvey. Necesito... —iba a decir: *«necesito hablar contigo urgentemente. Es un asunto grave»*, pero se contuvo—. Necesito charlar con alguien un rato. Me siento terriblemente solo. ¿Podrías venir?

—Voy para allá ahora mismo.

—Una cosa, Harvey. Puedes hacerte acompañar por tus guardianes, si lo prefieres. Pero cuando llegues aquí, ordénales que se queden en el coche. No me son simpáticos. —Pero... De acuerdo. Estaré ahí en seguida.

Tardó veinte minutos en llegar. Warren estaba esperándole en la puerta. Antes había sucedido un extraño incidente: varios coches estaban aparcados en la tranquila calle. Aparentemente, estaban vacíos, pero en el interior de uno de ellos brilló insistentemente la brasa de un cigarrillo.

Intrigado, Warren cruzó el caminito del jardín, y caminó al otro lado de la calle para tomar la matrícula de aquel automóvil, un viejo sedán color *beige*.

En cuanto puso el pie en la calzada, oyó el zumbido del escape, y el viejo coche escapó a gran velocidad, hasta desaparecer en el próximo cruce.

¿Un novio tímido, un amante receloso, quizás un ladrón vigilando, a la espera de dar un golpe...?

Warren se olvidó del asunto, porque dos minutos después vio aparecer el

«Continental» de Harvey Chassman.

Su suegro bajó del coche, y Warren fue a su encuentro y lo llevó hacia la casa. Entraron. Harvey se sentía intrigado.

En cuanto se hubo sentado en el *living*, encendió un habano y pidió una copa de «brandy», que Warren le sirvió rápidamente. Después se sirvió otra para sí, y encendió un cigarrillo.

—Warren...

—Estoy empezando a desear tu compañía, Harvey, pero esta noche te he llamado por otra razón. Es preciso que oigas algo confidencial. Por eso te aconsejé que dejases a tus guardaespaldas en el coche.

Harvey probó un sorbo de licor.

—No son guardaespaldas, Harvey. Uno es un experto sanitario, el otro, un detective privado. Te equivocas si crees que me hago acompañar por ellos, por pura ostentación.

—No he dicho...

—Pero lo has pensado. Escucha, hijo: el practicante me acompaña siempre porque mi corazón empezó a encabritarse hace un par de meses. Si llega la ocasión, él sabe lo que tiene que hacer para sacarme del apuro. El otro... Bien, debe haber alguien que trata de enriquecerse a mi costa. En dos ocasiones intentaron secuestrarme... Pero, en fin, ¿qué es lo que tienes que decirme?

Warren arrojó una bocanada de humo hacia la ventana.

—Vas a escuchar dos grabaciones telefónicas. Así sabrás, como ya lo sé yo, que alguien fingió un presunto accidente mío para enviar a la muerte a Susan. Luego te hablaré de un curioso escamoteo de anillos. —  
dijo.

\* \* \*

La casa estaba en absoluto silencio. O más exactamente, sólo se oía el jadeo de Harvey Chassman.

—¿Estás seguro? —insistió Burlington.

—Sí. Es la voz de Larry McMichael —respondió su suegro.

—Bien. No podemos estar seguros de que Susan y McMichael sufrieron un accidente o fueron víctimas de un atentado criminal. Sin embargo, ¿no parece fuera de toda lógica que ambos se emborracharan, cuando el motivo, falso, del viaje era suficientemente grave?

—Sí —Harvey dio una chupada a su habano—. No era el momento más adecuado para correrse una juerga. Es absurdo.

Warren se puso impulsivamente en pie, y paseó por la habitación.

—¡Si pudiéramos saber si McMichael tenía un teléfono con grabador automático! —se detuvo ante Chassman.

—Lo comprobaré mañana. Escucha, Warren- creo que tenemos indicios suficientes para entregar una denuncia a la policía...

—¡No! Debe haber una persona interesada detrás de todo esto. Una persona que ahora se siente satisfecha, victoriosa y segura. Si interviniera la policía, desconfiaría, se tornaría más cauta. No, Harvey, déjalo en mis manos. Y no hables de este asunto a nadie. Sólo lo sabremos tú y yo.

Warren calló bruscamente. Estaba exigiéndole discreción a su suegro, y él mismo, aquella noche, acababa de confesarse tontamente con Lizza Wilson.

Harvey se puso en pie, y aplastó su cigarro en un cenicero. Tosió secamente y se congestionó.

—No deberías fumar —dijo Warren—. Padeces disnea. Eso puede agravar tu dolencia cardíaca.

—Dejaré de fumar cuando terminemos lo que acabamos de empezar, hijo —respondió Chassman—. ¿Quieres acompañarme?

—Desde luego.

Salieron, y Burlington le siguió hasta dejarle acomodado en el coche.

—Buenas noches, hijo —pronunció Chassman. Había dicho «hijo» claramente, sin sentirse intimidado por la presencia de sus... empleados.

—Buenas noches —respondió Warren.

Subió a la acera y esperó hasta que el automóvil se perdió en la distancia. Todavía estuvo unos minutos allí, echando una recelosa ojeada a los coches aparcados en la calle.

Al fin, volvió a casa. Apagó las luces y entró en la alcoba.

«Nada de obsesiones —se recomendó a sí mismo—. Necesito descansar.»

Se desnudó y se metió en la cama. Inconscientemente, extendió un brazo buscando el relieve familiar del cuerpo de Susan.

—Dios mío —murmuró. E hizo un esfuerzo por dejar su cerebro en blanco.

Pensó que transcurriría una eternidad antes de conciliar el sueño. Iba a rebullirse, a dar continuas vueltas, a sentirse atormentado... Pero dos minutos después dormía profundamente.

Cuando despertó, tenía una ligera noción de una pesadilla: la guapa Lizza Wilson empujaba a Susan hacia un profundo precipicio... Un alarido interminable, el rumor de un cuerpo que caía, un zumbido agudísimo...

En realidad, era el teléfono.

Lo descolgó de un manotazo, al tiempo que miraba la hora en su reloj: las cuatro de la madrugada.

—¿Doctor Burlington? Le habla George Towbley, médico de cabecera del señor Chassman. Su suegro acaba de sufrir un ataque cardíaco, y su

estado es grave. Acaban de llevárselo hacia el hospital. Vaya hacia allá inmediatamente. Yo le estaré esperando.

\* \* \*

—Harvey...

Chassman abrió los ojos. E inmediatamente oprimió la mano de Burlington.

—Todo va bien, hijo. Ha sido un buen achuchón, ¿eh? Creí que... no lo contaba. Lo confieso, Warren: creí morir por el camino.

Warren sonrió alentadoramente.

—Ya estás libre de peligro. Te hemos puesto un marcapasos. Un maravilloso aparatito, que ordenará tu vida, de aquí en adelante. No temas, podrás Seguir haciendo tu vida ordinaria, aunque sin abusar. Por ejemplo, tendrás que dejar de fumar y sólo podrás beber cosas suaves... como el jerez o la cerveza.

—Me convertiré en un bebedor de cerveza —prometió Chassman. Miraba a Warren con orgullo—. Sé que hiciste una excelente operación quirúrgica, hijo. Tú siempre dices *hemos*, pero yo sé que tú *has* salvado mi vida... No sé qué me ocurrió. Al sospechar que Susan no había sufrido un accidente...

—Olvídalo, por favor. Me ocuparé de que tengas una buena convalecencia. Y también de tus asuntos personales, si es preciso. Tendrás que permanecer dos o tres semanas en el hospital...

—¡Eso no me preocupa! Bill Davis tiene suficientes poderes para dirigir mis negocios.

Es un... buen chico.

—Magnífico —dijo Burlington—. Descansa ahora. Vendré a verte, en cuanto tenga un momento libre.

—Tú mandas, ahora. Descansaré —respondió Chassman. Y se quedó dormido, en pocos minutos.

Warren abandonó la habitación.

En el pasillo, vio venir a Lizza. Con la bata blanca del hospital, estaba tan guapa y atractiva como con sus ropas civiles.

—¿Cómo está? Me dijeron que el señor Chassman...

—Fuera de peligro. ¿Y tú, Lizza?

Un poco nerviosa, ella sacó un paquete de «Tareyton» del bolsillo, y encendió un cigarrillo.

—Bien. Un poco preocupada por la opinión que hayas podido formarte acerca de mí por... mi confesión de anoche —susurró ella, mirándole con gran ansiedad.

—¿Eso te preocupa? Mi opinión sobre ti no puede ser mejor: una

buena profesional, con vocación decidida, una mujer guapa y deseable...

—¿Sólo eso? —una sombra de tristeza pasó fugazmente por su semblante—. Oh, lo siento, Warren. Siempre estoy diciendo inconveniencias.

En aquel momento, la mirada de Burlington quedó prendida en la mano izquierda de Lizza. En su dedo anular había una delgada mancha blanca, como... si durante largo tiempo hubiera llevado un anillo.

—¿Qué pasó con tu anillo? —preguntó él, audaz—. ¿Lo perdiste?

Lizza se miró el dedo, extrañada.

—¿Perderlo? ¡No, no! Lo llevaba desde niña. Mis dedos fueron engordando, y el anillo me apretaba. . Fui a un platero y lo cortó. Lo está arreglando. Me ha dicho que dentro de unos días me lo devolverá.

Ella se acarició el dedo.

—¿Por qué lo preguntaste?

—Por nada. Simple curiosidad —contestó él. Pero comenzaba a sentir una cierta inquietud.

Lizza le miraba fijamente. De pronto, una idea cruzó como un relámpago por su cerebro. Sus facciones palidecieron.

—Warren, no estarás pensando que yo... Quiero decir que mi anillo... —murmuró, atropelladamente.

Pero él le dirigió una fría sonrisa.

—No pienso nada, Lizza. Permíteme ahora. Tengo algo que hacer —dijo. Y se separó de ella aprisa.

## Capítulo VIII

—¿**L**A has oído? —preguntó Chassman.

—Sí. La voz de mujer, grabada en el magnetófono de McMichael, es la misma que dio el falso aviso telefónico a Susan. Sólo que, cuando llamó a McMichael, se presentó como una amiga de los Burlington —dijo Warren.

—Un prodigio de inteligencia. Dijo: *«La señora Burlington se dispone a viajar a Chelham, pero me temo que su estado de nervios no sea el mejor para conducir durante dos o tres horas, sobre carreteras nevadas»*. Aparte de que había querido a Susan, Larry era un amigo personal mío. Naturalmente, se brindó en seguida a llevar a mi hija a Chelham...

Burlington encendió un «John Players».

—Empiezo a obsesionarme de nuevo. Esa voz femenina no me resulta desconocida del todo. Me he *barrenado* el cerebro durante toda la noche, pero no he conseguido ponerle un rostro. Aparte de ello...

—¿Sí?

—Harvey, está comprobado que Susan y Larry fueron objeto de una confabulación criminal, aunque luego el accidente se produjera de modo fortuito. Pero *alguien estaba empeñado en reunidos a los dos*. ¿Por qué?

Chassman se encogió de hombros.

—Pero hay más cosas que me inquietan. Mediante él falso aviso. Susan tenía que acudir al hospital del condado, en Chelham. ¿Por qué chocaron contra un camión en High Range, setenta kilómetros más allá?

—Lo ignoro —respondió Harvey—. Pero de una cosa estoy seguro, cuanto más avanzamos en el esclarecimiento de este asunto, más y más convencido voy estando de que no fue un accidente.

—¿Qué fue, entonces?

—Un asesinato —afirmó tajantemente Chassman.

\* \* \*

—¿Por qué se molestó? —preguntó Mark Dalvis, sin separar el largo y delgado puro de sus dientes—. No corría prisa. Dentro de unos días tenía que ir a la ciudad. Yo hubiera recogido el chaquetón entonces, en el caso de que usted no lo necesitara ya.

Burlington palmeó la ancha espalda de Dalvis.

—¿Sabe una cosa, Mark? Me he comprado uno igual; lo tengo en el coche. Y no ha sido ninguna molestia: en realidad quería conocer el lugar donde se produjo el accidente que costó la vida a mi esposa y a Larry McMichael.

Dalvis enarcó una ceja.

—¿Qué se le ha perdido allí? Ese lugar no debe guardar muy buenos recuerdos para usted...

—No tema, no soy un masoquista, Mark. Sólo trato de encontrar algo que mi esposa perdió en el accidente.

—¿Quiere que le acompañe? —se ofreció el policía.

—No, no. Bastará con que me indique el lugar exacto —respondió Warren.

—Es fácil. Esa curva está en High Range, a veinte kilómetros justos de aquí. Encontrará su situación sin dificultad, pues la valla que protege la vuelta está torcida como consecuencia de la colisión.

Burlington puso el chaquetón en manos del policía.

Mark notó un bulto extraño en uno de los bolsillos, y sacó una caja de puros. Largos y delgados como le gustaban a él, pero mucho más caros.

—Ah, ah —exclamó, con reproche—. ¿Es que trata de pagarme el alquiler del chaquetón, doctor Burlington?

Una sonrisa se insinuó en los labios del médico.

—De ninguna manera. Recordé que usted fumaba esos puros, y los compré. No olvide que les estoy muy agradecido, tanto a Bob Lakish, como a usted. Mark. Bueno, tengo que irme. Dentro de poco, anoecerá.

—Una advertencia, doctor —Mark le acompañó hasta la calle—. El frío y el hambre han empujado a los lobos de sus guaridas en las cumbres. Tenga cuidado. No se aparte mucho de la carretera. Días atrás han sido vistas verdaderas manadas de lobos en High Range.

Warren vaciló un momento. Pero en seguida estrechó la mano de Dalvis y caminó hacia su coche.

—Lo tendré en cuenta. Buenas tardes, Mark. No le olvidaré —dijo, alzando una mano, en son de despedida.

Poco después, estaba en la carretera. Los clavos de acero insertados en los neumáticos del «Porsche» se agarraban con seguridad sobre la nieve, escalando las empinadas cuestas.

Quince minutos después, aminoraba la marcha al comprender que estaba aproximándose al lugar del accidente. El coche escaló una pendiente muy empinada, y de pronto se encontró en la curva.

Tuvo la tentación de frenar, pero siguió adelante hasta encontrar una angosta hendidura de la montaña, capaz para albergar un vehículo fuera del firme.

Bajó en seguida, y echó una ojeada al cielo plomizo. Parecía que iba a nevar. Warren cogió un paquete de «John Players» de la bandeja, y cerró la puerta con llave.

Desde la angosta explanada, echó una ojeada a la carretera. A la izquierda se elevaba un promontorio arbolado. A la derecha, la cuneta y una peligrosa pendiente pelada. Abajo, un bosque de pinos y abetos.

Lanzó una bocanada de humo al frío viento invernal. Allá abajo, en la profundidad del valle, se estaban formando oscuros cúmulos nubosos.

Cruzó la carretera y se detuvo en la cuneta. Aunque se esforzó durante varios minutos, no pudo ver el «Chrysler» destrozado de Larry McMichael.

«Quizá debiera haber traído unos prismáticos», pensó.

Volvió sobre sus pasos. Una bruma densa, plomiza, helada, se elevaba lentamente sobre las laderas del valle.

Comenzó a ascender sobre el promontorio. A unos veinte metros sobre la carretera, el bosque comenzó a espesarse. Troncos de abetos de más de medio metro de diámetro formaban una oscura masa sobre el suelo nevado.

Siguió ascendiendo. Se encontraba ya a más de cuarenta metros sobre el nivel de la carretera. Apoyó una mano en el grueso tronco de un árbol, y dirigió una atenta mirada hacia abajo. Pero los abetos que crecían al margen de la carretera le impedían ver la ladera.

Volvió la vista hacia arriba. Una aguda cresta rocosa avanzaba sobre el vacío, formando una gruta, una especie de protección natural.

Subió hasta allí y, un poco jadeante, se apoyó en la roca.

En el fondo de la oquedad, alguien había estrellado una botella de «Long John». Todavía podía leerse la arrugada etiqueta.

Protegido de las continuas nevadas, aquella oquedad suponía un mediano refugio en la montaña. En el suelo había numerosas colillas de cigarrillos. Warren se inclinó, y tomó dos o tres.

Todas eran de la marca «Herbert Tareyton».

«¿Quién fuma "Tareyton"?», se preguntó.

Y la respuesta surgió veloz: Lizza Wilson.

El anillo, los cigarrillos en la oquedad del refugio del promontorio... Era fácil relacionar aquellos datos.

Miró hacia abajo. Desde la posición dominante en que se hallaba, se veía perfectamente la cuesta que desembocaba en la cerrada curva donde el «Chrysler» de Larry McMichael había saltado al vacío.

Más abajo, a cien metros, se alzaba un montículo nevado, de extraños contornos. ¡Allí estaba el «Chrysler», al borde del bosque!

Descendió, La luz del día iba extinguiéndose. A pesar de ello, la blanca sábana nevada permitía vislumbrar, con claridad, todos los perfiles y detalles, como a plena luz del día.

Se detuvo en la cuneta para dejar paso a un camión pesado que ascendía penosamente, y luego cruzó la carretera y apoyó sus manos sobre la retorcida valla metálica.

Una arista metálica rasgó el guante de su mano derecha. Tiró con fuerza de aquel pequeño objeto metálico, adherido magnéticamente a la chapa, lo observó con estupor y se lo guardó en un bolsillo. Luego, saltó ágilmente la valla.

La pendiente era tan abrupta que perdió el equilibrio y rodó violentamente a lo largo de treinta metros. Por fin, consiguió extender las piernas hacia adelante, y se vio en pie y descendiendo rápidamente sobre la blanda nieve pulverizada.

La luz diurna iba disminuyendo raudamente. Cuando alcanzó el montón de nieve que cubría el coche, apenas flotaba una luminosidad fosforescente, irreal, al borde del bosque.

Un aullido ululante, próximo, resonó en el corazón del bosque.

«¡Lobos!», pensó, y se detuvo, rígido y jadeante.

Las bajas ramas de los abetos se agitaron. Puñados de nieve cayeron al suelo. En las oscuras frondas, brilló el fulgor de unos ojos dorados.

¡Un lobo! Y otro, más osado, que incluso avanzó unos pasos sobre el manto de nieve que cubría el límite de la floresta.

Entre las ramas bajas de las coníferas aparecieron otros tres lobos. Tranquilamente, sin demostrar el más ligero temor por la presencia del hombre, se dejaron caer sobre sus cuartos traseros y le vigilaron sin parpadear, como si se tratase de una apacible reunión de amigos.

Pero Warren sintió que el miedo le paralizaba cuando vio los terribles colmillos brillantes, las fauces entreabiertas, ávidas.

Con toda la serenidad de que fue capaz, retrocedió dos pasos hasta apoyarse sobre el paragolpes del «Chrysler» de McMichael. Los lobos le siguieron con los ojos, sin moverse un milímetro.

«Tienen la presa segura», pensó Warren. Y se estremeció.

¿Qué posibilidades tenía de defenderse? Miró hacia arriba, a la carretera, distante ciento cincuenta metros. ¿Por qué ahora, precisamente ahora, no cruzaba ningún vehículo por la carretera?

Un poderoso macho que debía pesar no menos de sesenta kilos se incorporó y avanzó algunos pasos, balanceándose elásticamente a izquierda y derecha. Parecía el jefe indiscutible. De él partiría la orden de ataque. Luego... todo sería una vorágine de mandíbulas jadeantes y de colmillos aguzados, que destrozarían sus carnes, sus vísceras, su garganta...

Un sordo gruñido. Inmediatamente, los lobos se incorporaron y avanzaron en diagonal, lentamente. Era una estrategia pausada, estudiada. Ningún animal daría en vano un solo paso.

La súbita detonación repercutió en la amplitud del valle. La bala

elevó un surtidor de nieve a tres metros de Burlington.

Inmediatamente, el gran macho dejó escapar un gruñido de sorpresa, y saltó hacia el bosque. Los componentes de la manada retrocedieron prudentemente hacia los linderos del bosque.

—¡Al fin! —murmuró Warren—. Allá arriba debe haber alguien que viene en mi ayuda. Era lógico, tan cerca de la carretera... Algún coche ha debido parar. Han visto a los lobos y me han visto a mí. En consecuencia...

En consecuencia, un segundo balazo perforó secamente las planchas de la chatarra, tras la que se guarecía.

Un tercer disparo e incluso un cuarto esparcieron copos de nieve a sus pies.

—¡Cuidado! Apunten a los lobos o...

Bruscamente, comprendió que era a él a quien disparaban, no a los lobos.

Cuando un nuevo balazo se incrustó profundamente en la carrocería del coche, Warren saltó hacia adelante, aterrizó sobre la nieve y rodó unos metros hacia el bosque de coníferas.

A pocos metros de los troncos, parcialmente cubierto por un montón de nieve, Burlington alzó la cabeza, pero la aplastó nuevamente al sentir detonar dos armas al unísono.

«No nos engañemos. Son dos personas las que están disparando contra mí», se dijo. Y el pensamiento le obligó a estremecerse, de puro miedo.

Había sido una estupidez no aceptar la compañía de Mark Dalvis. Pero ahora...

Se oyó una nueva detonación. De improviso, una gran llamarada color naranja envolvió los restos del coche. La explosión del depósito de gasolina arrojó líquido inflamable en un diámetro de cuarenta metros. Unas llamas lamieron el tronco de un corpulento pino, pero poco después se extinguieron.

Sofocado por la súbita hoguera, Warren rodó sobre sí mismo, alejándose cuesta abajo, hasta detenerse en una pequeña hondonada.

Una rama de pino desgajada le había frenado bajo el montón de nieve adosado a un añoso tronco. Comenzaba a nevar copiosamente, no soplabla el viento.

Miró a su alrededor. Las fieras habían huido, asustadas por la explosión del depósito del automóvil.

Pero arriba... Dos siluetas acababan de destacarse en la ladera.

Entre las ramas de pino, Warren las observó un momento.

No pudo establecer si eran hombres o mujeres. Vestían gruesas pellizas de cuero, y cubrían sus rostros con gafas para la nieve y tupidos pasamontañas de color claro. Imposible contemplar sus facciones.

Una cosa pudo ver claramente: ambos portaban fusiles de gran calibre, y descendían ya la empinada ladera que terminaba en el límite del bosque.

¿Qué podía hacer? En cuanto se incorporara y corriera entre los árboles sus perseguidores le verían y dispararían a matar. Ahora la distancia era mucho más corta, la puntería más fácil con aquellas magníficas armas de precisión...

¡Decisión! Huir o... esconderse como un animalillo indefenso.

Aproximó la rama, se cubrió con ella el cuerpo, se hizo un ovillo, y desplazó el montón de nieve con las manos, procurando que sus movimientos no fueran rápidos y violentos.

En pocos segundos, su cuerpo estaba cubierto de blandos copos hasta los hombros.

Los pasos se aproximaban. Podía escuchar el leve crujido de la nieve bajo las botas.

Alargó los brazos, tomó una gran cantidad de nieve y se la arrojó sobre los hombros y la cabeza. ¿Había quedado alguna porción de su cuerpo sin cubrir? Ya no disponía de tiempo para comprobarlo.

Se inmovilizó. Tenía que ejercer un absoluto control sobre sus nervios. En caso contrario, le cazarían como a un conejo.

A través de las agujas de pino, tenía un agujerito para mirar. Poca cosa, una abertura de medio centímetro a ras del suelo.

Oía perfectamente el crujido de la nieve bajo las botas de los que se aproximaban. Y también el leve flamear de las llamas que envolvían la chatarra, a punto de extinguirse.

Sería una desdicha, un sarcasmo absurdo, que ahora llegasen junto a él, le apuntasen con dos rifles y... le dejaran seco de sendos disparos.

A través del agujero, vio aparecer dos piernas. Excelentes botas de montañero, pantalones caqui de dril... Incluso podía escuchar el jadear rítmico de un hombre.

Quienquiera que fuese, escupió en aquel momento; una masa rosada, un salivajo, cayó sobre la nieve, y se fundió rápidamente hasta desaparecer.

Luego se oyó el chasquido metálico de una bala al introducirse en la recámara de un rifle. Warren suspendió su respiración. Pero el latido de su corazón tenía la potencia de horribles cañonazos. O tal le parecía a él, por lo menos.

—¿Le has visto? —preguntó alguien.

—Humm.

—Ya, ya. Vamos hacia abajo. Mejor. En el fondo del valle, todo será más discreto. No tiene escapatoria.

Las botas se movieron. Cristalitos de nieve cegaron los ojos de Burlington cuando aquellas piernas se alejaron de su área de visión.

*Zrum, zrum, zrum, zrum...* El rumor de los pasos se atenuaba, el peligro de muerte se alejaba.

Sin embargo, transcurrieron cinco minutos antes de que Warren se atreviese a incorporarse. Primero alzó la cabeza y atisbo con cautela a su alrededor. No había nadie. El bosque aparecía solitario, bajo la gran nevada.

Despacio, muy despacio, se puso en pie, al abrigo del tronco de pino. Miró hacia la carretera, por la que se deslizaban ahora dos automóviles con los faros encendidos.

No se atrevía a remontar la pendiente, pelada, desnuda, nevada, sobre cuyo blanco manto su oscura silueta sería fácilmente visible, incluso a centenares de metros.

Tenía que seguir la línea del bosque, que se elevaba doscientos metros, descendía a una vaguada y volvía a elevarse hasta las proximidades de la carretera, a una distancia de algo más de un kilómetro. Era un itinerario mucho más largo, pero también mucho más seguro.

Se puso en marcha. Caminaba rápido, siempre en sentido ascendente, pero sin dejar de mirar continuamente hacia atrás, y siempre procurando mantenerse tras la sólida protección de los más gruesos troncos.

Descendió la vaguada, reemprendió la ascensión hacia el peñascal y finalmente llegó a la carretera. Sudaba copiosamente, jadeaba con estertores angustiosos, pero... estaba a salvo.

En una corta carrera, descendió seiscientos metros de carretera y alcanzó el entrante donde había dejado su coche.

Observó las ruedas, desconfiado. Paro estaban intactas.

«Ellos... estaban tan seguros de darme caza que... ni siquiera pensaron en inutilizar mi coche», pensó.

Abrió apresuradamente, dio al contacto, torció el volante al máximo y salió a la carretera. Un gran «Ford Country» estaba estacionado en un roquedal.

El miedo le impulsó a apretar el acelerador, pero se retuvo y condujo a velocidad moderada hasta cruzar la ciudad de Grover Hills.

## Capítulo IX

HARVEY Chassman leía apaciblemente un número de la revista *Life*. Cuando se abrió la puerta, arrojó a un lado la revista y exclamó un alegre:

—¡Warren! ¿Cómo has tardado tanto en venir a verme? Desde ayer, no te he tenido... Burlington aproximó la silla y se sentó.

—Tuve que hacer... algunas gestiones.

Chassman observó las facciones sombrías de su yerno.

—¿Qué es eso? Pareces muy preocupado...

—No es nada. He pillado un resfriado. ¿Y tú?

Harvey sonrió, satisfecho.

—Muy bien. Me miman tanto las enfermeras, que me siento como un bebé —lanzó una corta carcajada y añadió—: En serio, me siento muy bien. Me cuesta trabajo creer que hace diez días estuve a punto de morir. Por cierto, Warren, me siento como un león enjaulado. ¿No podrías influir para que me dieran el alta cuanto antes?

—No hay que precipitarse —respondió Warren, reflexivo—. Demos tiempo al tiempo. Cuando salga de aquí, iré al laboratorio para echar una ojeada a tus análisis... Por cierto, al venir aquí me crucé con tu secretario personal, Bill Davis.

—Sí, viene a verme cada día. Hoy quería que le firmara unos documentos... Es una gran persona, ¡un hombre incansable! Es capaz de llevar mis negocios mejor que yo mismo. Su infatigable trabajo haría pensar a cualquiera que mis intereses son los suyos — exclamo fogosamente Chassman.

—Ya... —Warren se alzó de la silla y la apartó hasta la pared—. Voy a ver esos análisis. Volveré luego. O tal vez a la tarde. Es posible que entonces pueda darte una noticia que te sorprenderá.

Chassman se alzó vivamente sobre la almohada.

—¿De qué se trata? ¿No puedes anticiparme nada? ¿Está relacionado con Susan? —preguntó, con gran ansiedad.

—De las tres preguntas, sólo puedo responder a la última. Sí, se refiere a la muerte de Susan. Pero no puedo decirte nada más. Tengo que comprobar algo sumamente importante. Sigue leyendo. Te distraerá.

Abandonó la habitación de Harvey, caminó a lo largo de un pasillo y descendió hasta la subplanta uno, donde estaba instalado el laboratorio.

La estancia principal permanecía en penumbra. Allá, al fondo, una mujer vestida con una bata blanca miraba algo a través de un microscopio electrónico.

Burlington avanzó hacia ella. Sus suelas de goma no producían el menor rumor. —Buenas tardes, doctora Lufkin —saludó.

La mujer se agitó en un brusco respingo. Algunos cristallitos de prueba cayeron al suelo. La mujer le miró y dejó escapar un gemido.

—¿Se encuentra bien? —Warren la contemplaba, perplejo.

—Me... asusté. Usted lle... llegó repentinamente y... y...

Sus manos temblaban. Era una mujer seca y fea, miope, de cuarenta y dos años, delgada y cargada de espaldas. Su faz descolorida y marchita resultaba desagradable.

«Sus pupilas están dilatadas», observó Warren. «Drogadicta, quizá...»

—Vine a por los resultados de los análisis que encargué para el señor Chassman. ¿Los tiene, doctora Lufkin?

La analista se alzó de su asiento tan violentamente que lo derribó. Con un ademán nervioso, puso el taburete giratorio en posición vertical, y se alejó pasillo adelante.

Warren la siguió.

—Ssssí. Debo tenerlos aquí, en... alguna parte. ¡Sí, sí, aquí están! Olvidé... ¡oh, Dios mío! —un fajo de hojas revolotearon en el aire, y cayeron al suelo.

La doctora Lufkin temblaba tan ostensiblemente que los papeles resbalaban entre sus dedos, por lo que Warren se inclinó y le ayudó a recogerlos.

—Disculpe. Aquí... Sí, ya está. Usted pensará que... Bien, aquí los tiene —la analista le entregó unas hojas.

—¿Seguro que se encuentra bien? Parece enferma... ¿Quiere que haga venir al doctor Howard? Tal vez...

—¡No, no, por favor! Estoy muy... bien —protestó. Pero lo cierto era que la doctora Lufkin estaba convertida en un puro nervio.

Burlington se encogió de hombros. Dio las gracias y se marchó.

Mientras ascendía la escalera, repasó aquellas hojas. El resultado de los análisis era positivo. Harvey Chassman se recuperaba de su ataque cardíaco, y sus constantes eran buenas. Sin embargo, Warren se inclinaba por que su suegro continuase durante otra semana en el hospital.

Abandonó el centro, en seguida. Bajó al garaje, saludó a Young y se alejó en su automóvil.

A las cinco de la tarde se encontraba en la pista de pruebas de Yellow Rock. La entrada a las pistas estaba prohibida, pero Warren mostró su documentación al vigilante de la entrada, y expresó su deseo de entrevistarse con Hugh Huggins, ingeniero de pruebas.

—Puede entrar con su coche. Un empleado le acompañará a los *boxes* —le indicó el vigilante.

Redaron hacia la cabecera de las anchas pistas. Prototipos velocísimos, en etapa de pruebas, cruzaban trepidantes junto a ellos.

El «Porsche» se detuvo en los *boxes*. El empleado que le había acompañado bajó del coche y corrió hacia el grupo que formaban un grupo de hombres vestidos con los clásicos «monos» de la marca de automóviles.

Uno de ellos, larguirucho, encorvado y flaco, vino en seguida y se entrevistó con el médico.

—¡Ah, Warren, eras tú! A ti no te gustan demasiado las pruebas ni las pistas. ¿Qué te trae pos aquí?

Se estrecharon fuertemente las manos. Huggins hizo algún comentario acerca de la muerte de Susan, pronunció unas palabras corteses...

—Pero tú has venido aquí por algún motivo concreto —exclamó Huggins, observándole atentamente—. ¿De qué se trata, Warren?

Burlington sacó algo del bolsillo. Era el pequeño objeto metálico que arrancara de la valla de protección, en la carretera a High Range.

—Tú eres un verdadero experto en motores de automóviles, Hugh. ¿Podrías decirme qué es esto? —preguntó.

—Un acelerador electrónico. Pero... ¿cómo ha llegado a tus manos? —preguntó el ingeniero, perplejo.

—Eso no importa, Hugh. Dime, ¿puede adquirirse ese objeto en cualquier almacén de repuestos?

—Por supuesto que no. Te lo explicaré: es un pequeño aparato de precisión. Lo empleamos en las pruebas sin conductor, cuando nuestros prototipos se estrellan contra un muro de hormigón para comprobar la resistencia de las carrocerías.

—¿Para qué sirve? —preguntó Warren, sumamente atento.

—Se sujeta magnéticamente a la bomba de inyección de gasolina, y sirve para acelerar progresivamente el motor mediante una acción electrónica sobre el avance al encendido. Es curioso —Huggins se ajustó las gafas sobre el caballete de la nariz, miró un momento a un prototipo que cruzaba a más de doscientos kilómetros por hora, y tornó su atención a Burlington—. Últimamente, numerosas personas se interesan por el acelerador electrónico. Por ejemplo...

—¿Sí?

—Una señora. Hace un mes aproximadamente solía venir a la pista de pruebas todas las tardes. Ignoro cómo consiguió el permiso. Observaba todas las pruebas con suma atención, excepcionalmente aquellas en las que se utilizaba el acelerador electrónico automático. Una tarde se acercó a mí... Me dijo que trabajaba en unos estudios

cinematográficos, y que le habían encargado un documental educativo sobre accidentes de tráfico. Me preguntó dónde podría adquirir un acelerador automático y... le regalé uno.

—¿Cómo era esa mujer? ¿Joven, guapa? —preguntó Warren, con gran ansiedad.

—Pues... no sabría decírtelo. Siempre la vi vestida de la misma manera: gabardina blanca, corta, botas altas del mismo color. Tenía cabellos largos, negros y se protegía los ojos con unas grandes gafas de cristales muy oscuros. De modo que no...

—Una última pregunta, Hugh. Ese chisme ¿puede desprenderse del motor en el momento de una fuerte colisión?

—Sí, casi siempre ocurre. Es una pieza ajena al motor, que se sujeta mediante imanes, y se enlaza con dos pequeños cables al avance electrónico. Si el automóvil choca a más de sesenta kilómetros por hora contra un obstáculo sólido, el aparatito se suele desprender. Pero... ¿adónde vas, Warren? ¿Se puede saber qué diablos...?

Desde el interior de su «Porsche», Warren agitó una mano en el aire.

—Me has prestado una ayuda importante, Hugh. ¡Volveremos a vernos! —gritó. Y se alejó a gran velocidad, por la carretera de servicio.

## Capítulo X

ELLA no había vacilado ni un segundo. Cuando Warren Burlington preguntó:

—¿Podrías venir ahora mismo?

—Voy a tomar un taxi. En seguida estoy ahí —respondió ella, segura de sí misma.

—Es el número 345 de Peak Cliff —insistió él.

—Lo sé, Warren. He visto tu dirección centenares de veces junto al cuadro médico, en el despacho del doctor Dakirian. Espérame. Voy ahora mismo.

Habían transcurrido quince minutos. Quince minutos, a lo largo de los cuales Warren había comprobado que su tensión nerviosa iba aumentando sin cesar.

Tenía dispuesta la mesita en el salón. Brandy, vermouth, whisky, soda, hielo, cigarrillos «Tareyton»...

A las once en punto se oyó un chirrido en la calle.

Warren corrió a la ventana y miró a través de las cortinas: Un taxi acababa de detenerse enfrente. Instantes después, una ágil silueta femenina saltó al asfalto: Largos cabellos negros, corta gabardina blanca, botas de alta caña, igualmente blancas.

Fue hacia la puerta y la abrió. Allí estaba Lizza Wilson, con los cabellos salpicados de ligeros copos de nieve.

—¡Warren! —pareció una exclamación mitad alegre, mitad preocupada.

—Entra. Hace frío —él se apartó para dejarla pasar.

Lizza penetró en el cálido salón, echó una ojeada, y sus labios se fruncieron en un leve rictus que indicaba aprobación.

Luego se libró de la gabardina y la dejó sobre un sillón. Su vestido de punto color malva se ajustaba a su joven cuerpo, felino, como un guante. Hasta Warren llegó un sutil perfume femenino.

Sí, Lizza Warren era una mujer muy atractiva. Lástima que...

—Siéntate. Te serviré algo de beber —dijo él—. ¿Brandy?

—Sí. ¡Estoy helada...!

Se sentó y cruzó las largas piernas. Warren puso una copa de «brandy» en sus manos, y le ofreció un «Tareyton». Ella lo agradeció todo, con un expresivo gesto.

Luego miró fijamente al hombre, como si intentase penetrar en sus pensamientos.

—¿Qué ocurre, Warren? ¡Pareces tan preocupado e inquieto! —exclamó.

Burlington apuró su copa de un trago y se sirvió otra. Le costaba dar aquel paso, porque Lizza parecía tan inocente...

—Lizza, tengo que hacerte una pregunta.

—Bien.

—Quiero que me respondas con absoluta seguridad —especificó él, hierático—. Dime, ¿es cierto que estás enamorada de mí?

Lizza se ruborizó intensamente.

—No puedo negarlo. Hace muchos meses que te amo —susurró.

—En tal caso, ¿estarías dispuesta a hacer cualquier cosa por mí? —preguntó Warren, vigilando la expresión de la joven.

Lizza se puso impulsivamente en pie.

—¡Sí! Haría lo que fuese, por tenerte —confesó, fogosa.

Burlington vació su copa, y la dejó sobre la mesa. Sus facciones tenían una expresión tempestuosa.

—¿Incluso asesinar a Susan para tener el camino libre? —pronunció él, con deliberada lentitud.

Lizza palideció.

—¿Lo ves? —murmuró él. Le temblaban los labios de ira—. Has palidecido. ¡¡CONFIESA, LIZZA!! ¡¡TU MATASTE A MI ESPOSA, TU ASESINASTE A SUSAN!!

Bruscamente, sus nervios estallaron de forma incontenible. Dio dos pasos hacia la mujer, y comenzó a abofetearla, salvaje y sistemáticamente.

Al segundo bofetón, Lizza perdió el equilibrio, retrocedió para evitar la caída, con la sorpresa y el miedo reflejados en su rostro, pero tropezó con el bar y cayó. Una botella de «brandy» se estampó sobre el suelo y el licor y los fragmentos de vidrio mancharon el vestido violeta de Lizza.

Warren, lanzado, la tomó por los hombros, la puso en pie y la siguió golpeando brutalmente, destrozados ya sus nervios.

—¡Por amor de Dios, Warren! —gritó ella, entre bofetón y bofetón—. ¿Te has vuelto loco?

—¡Maldita, maldita, mil veces maldita! Por tu puerca pasión, influida por tus torpes sentimientos, asesinaste a la pobre Susan... ¡confiévalo!

Lizza cayó nuevamente al suelo. Sus labios manaban sangre, y su rostro acusaba la fiera de los golpes.

Pero un destello de determinación brilló en sus ojos. Cuando Burlington se inclinó sobre ella, le dejó hacer, sumisa, pero en cuanto hubo recuperado el equilibrio, sus jóvenes músculos se pusieron rígidos.

Warren alzó de nuevo su mano derecha para seguir golpeándola, pero Lizza se le adelantó: un seco golpe cortante en la tráquea consiguió detener al hombre, que retrocedió, paralizado, y golpeó el muro con su espalda y se escurrió hasta el suelo, donde quedó inmóvil, respirando con estertores, palidísimo.

Sorprendentemente, Lizza corrió hacia él. Sollozaba.

—¡Lo siento, lo siento, Warren! —hipó—. Tuve que hacerlo. Tú... podías haberme matado a golpes, ¿no lo comprendes?

—¡Maldita...! —gruñó él, medio asfixiado.

—Eres... terriblemente injusto, Warren. ¿Cómo... te atreviste a acusarme de algo tan horrible? Desde luego que haría por ti cualquier cosa, excepto asesinar... ¿Cómo podía imaginar? ¡Dios mío, Dios mío...! —gimió, aterrada y dolorida.

—Dame... algo... de beber —murmuró él.

Lizza corrió al bar y volvió con un vaso de soda fría, que Burlington bebió, atragantándose.

Luego se alzó del suelo con un gran esfuerzo, y se dejó caer pesadamente en un sillón. Lizza quedó en pie, sollozando quedamente, mientras se restañaba los heridos labios con un pañuelito.

Warren alzó la vista y la miró. Un escalofrío de remordimiento le estremeció, al contemplar el rostro deformado de la mujer.

«¿Cómo... he sido capaz de hacer algo así?», se preguntó, atormentado.

No debía dejarse ganar por la sensiblería. Aquella mujer era una criminal sin entrañas, una asesina.

—¿Cómo pudiste imaginar que yo...? —murmuró Lizza.

—¿Que tú asesinaste a mi esposa? ¡Tengo pruebas... pruebas! —gritó.

—Quiero saber cuáles son esas pruebas —exigió ella, haciendo un esfuerzo por sofocar sus sollozos.

—El anillo. Probablemente, el de Susan se perdió. Tú imaginaste que la falta de la pequeña sortija podía levantar sospechas, y pusiste al cadáver el tuyo —murmuró él, sombrío.

Lizza mostró el aro dorado en su dedo anular, y buscó algo en su bolso.

—¡Este es mi anillo! Y aquí está la factura del platero, en la que se especifica que tuvo que añadir medio gramo de oro para hacerlo más ancho...

Warren parecía sorprendido. Pero no se dio por vencido.

—Hay un cúmulo de indicios. Tú estás enamorada de mí, conocías todos los detalles relacionados con mi vida conyugal y profesional —vomitó él, desesperado—. Dime una cosa: ¿te gusta la caza, sientes afición por las armas, alquilaste un albergue para caza mayor en las

proximidades de Chelham?

—Sí —asintió ella.

—¡Esa es la solución! Lograste que Susan saliera de casa, con engaños. Engañaste también a McMichael para fingir un adulterio... Les detuviste en la carretera y les llevaste, con algún pretexto, al refugio. Allí debiste drogarlos o emborracharlos. Ignoro de qué ardid te valiste para ello, pero sé que los metiste en el «Chrysler» y los llevaste hasta High Range. ¡No lo niegues! He Visto las rodadas del «Chrysler» de McMichael en el camino que llevaba al refugio...

—¡Pero...!

—Pusiste el motor en marcha, aguardaste hasta que un gran camión apareció en el puerto, y luego enviaste el «Chrysler» cuesta arriba, valiéndote del acelerador- electrónico que Hugh Huggins te entregó, inocentemente. Un plan muy inteligente, incluso diabólico, diría yo.

Pero cometiste el gran error de poner un anillo estrecho en el dedo de Susan...

—¡WARREN!! —gritó Lizza, descompuesta.

—No vas a

—¡DEJAME HABLAR! —exigió ella, con sorprendente energía—. ¿Qué día murió Susan? Me parece recordar que fue el catorce de noviembre...

—Sí, pero...

Ella sacó de su bolso un billete de avión, un telegrama, unos billetes del Metro.

—El catorce y el quince de noviembre yo estuve en Nueva York. El trece recibí un telegrama de mi madre.

La habían ingresado urgentemente en el hospital para operarla del hígado. Yo salí en avión el catorce por la mañana, en el primer vuelo, y regresé el dieciséis, a primera hora.

Con un ademán brusco, arrojó las pruebas sobre el regazo de Burlington, que tomó aquellos papeles y los comprobó con ansiedad.

Luego inclinó la cabeza sobre el pecho, y sus brazos colgaron, inertes.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¡Y yo te he estado golpeando como un salvaje...!

Lizza se acercó a él lentamente.

—También yo pude matarte con ese golpe en la garganta, Warren...

Un sollozo brotó del pecho de Burlington.

—¿Cómo he podido equivocarme tan estúpidamente? —se acusó.

—La casualidad reunió esas aparentes pruebas en mi contra. Si me lo hubieras dicho desde el primer momento, nada de esto hubiese ocurrido: yo podía demostrar fácilmente mi inocencia.

Warren alzó los ojos y la miró. Vio los labios partidos, los hematomas que deformaban el bello rostro de Lizza Wilson.

Impulsivamente, se incorporó la turnó en sus brazos y besó los labios rotos, las mejillas laceradas...

—Ven. Tengo que ocuparme de tu cara. Te pondré hielo; la hinchazón disminuirá. Ya verás... —murmuró, vacilante.

Ella se dejó llevar a la cocina, y después, al baño.

—No tiene importancia, Warren. Mi cara estará bien en pocos días. Ahora me siento feliz, porque las cosas han quedado aclaradas.

—No tengo perdón, me he comportado como un monstruo...

Quedó en suspenso. Miró fijamente a Lizza.

—¿Sabes si alguien utilizó, por aquellas fechas, el refugio de Chelham? —preguntó, tenso.

—Sí —respondió Lizza—. El día trece, Chad Coburn me preguntó si iba a utilizarlo. Como respondí negativamente, me pidió que le dejase las llaves. Accedí: «*No hables de esto a nadie*», me rogó, «*Se trata de una aventurilla galante*», me explicó, guiñando un ojo. Me sorprendió, pues yo no tenía noticia alguna de su afición a las faldas, pero lo olvidé pronto. Pero ¿qué te ocurre, Warren? ¡Te has quedado tan pálido...!

## Capítulo XI

—**T**IENE que cuidar sus nervios, doctora Lufkin —advirtió Burlington, con voz fría y reposada.

El valioso microscopio acababa de caer al suelo, y Barbra Lufkin, hecha un manojo de nervios, pugnaba por recoger las muestras que estaban desparramadas sobre el piso.

—¡Por favor, doctor Burlington! —gimió—. ¡Váyase! Le enviaré el resultado de los análisis a su despacho. Yo... estoy tan atareada...

—No se preocupe —respondió Burlington—. Esperaremos. No tenemos prisa. ¿No es cierto, señor Moran?

Ed Moran asintió con el gesto.

—Siga con su trabajo, doctora Lufkin. Nosotros no la molestaremos —añadió Warren.

La mujer tomó el microscopio, lo colocó desmañadamente sobre su banco de trabajo, y trató de controlar sus nervios. Ávidamente, tomó un paquete de «Tareyton» y encendió un cigarrillo, del que fumó cuatro o cinco veces, antes de dejarlo sobre un cenicero.

—¿Se le perdió? —preguntó Burlington, con tono intrascendente.

—¿Eh? —respingó la analista Lufkin.

—Su anillo. Tiene todavía la marca en su dedo anular, doctora —observó Burlington.

Barbra Lufkin le miró con expresión perdida. Su frente, ya arrugada y marchita, estaba cubierta de sudor.

—¿Anillo? —balbuceó—. Bueno, yo... Sí, creo que lo perdí. Pero...

—La marca en su dedo es muy profunda. Yo diría que el anillo le apretaba demasiado. Es imposible que, o perdiese...

—¿Y a usted, qué... diablos le importa? —Barbra Lufkin se había alzado de su taburete, de un respingo.

Burlington puso bajo la fuerte luz de la lámpara un pequeño aro de oro.

—Claro que me importa, doctora Lufkin. Este es su anillo. Yo lo saqué del dedo de mi esposa, muerta. Y usted va a decirnos cómo llegó hasta allí. El hombre que me acompaña es el teniente Ed Moran, del Departamento de Homicidios. ¿Va a acompañarnos, doctora Lufkin? —invitó Burlington, inexpresivo.

—No... no puedo ahora —sudaba copiosamente, y su tensión iba en

aumento—. Necesito...

—Sé lo que necesita, doctora: un poco de heroína. Yo mismo le pondré una inyección, cuando haya respondido a las preguntas que el teniente Moran tiene que hacerle — pronunció Warren Burlington.

\* \* \*

Harvey Chassman arrojó el informe bancario sobre la cama.

—Nunca lo hubiera imaginado —exclamó, con un hilo de voz.

Warren encendió un cigarrillo.

—Tampoco yo. Como tú, le creí un honesto y leal empleado, muy capacitado —dijo el médico—. Sin embargo, algo me obligó a pensar en él: Bill Davis me demostraba una clara antipatía. O más aún, un odio profundo...

—Ahora que lo mencionas... Sí. Es más, ahora veo claramente que fue Bill quien siempre trató de desprestigiarte, a mis ojos. Claro que tal vez tuviera sus motivos...

—¿Motivos? Yo no le conocía, antes de casarme con tu hija. Después, sólo le vi en raras ocasiones, cuando Susan y yo acudíamos a tu casa. Mi actitud fue siempre correcta con él.

—Pero... ¿no imaginas la causa de su resentimiento? —exclamó Chassman—. Aunque Bill nunca me habló de ello, yo veía cómo miraba a Susan... Probablemente, estaba enamorado de ella. Y, lo confieso, si él se hubiese franqueado, yo no me hubiera opuesto a que Bill cortejase a mi hija. Pero llegaste tú, y Susan se enamoró de ti. Al principio, me opuse a vuestra pasión, pero tuve que ceder cuando comprendí que ella sólo te amaba a ti. Probablemente, ésa fue la causa del odio que Bill sentía hacia ti: tú te llevaste a Susan.

Warren aplastó el cigarrillo sobre un cenicero.

—Pero ese desfalco de millón y medio de dólares, del que te ha hecho objeto, valiéndose de tu enfermedad y de la confianza que tú depositaste en él... no me perjudica a mí, sino a ti. Parece un hombre muy codicioso. Tal vez no amaba a Susan, quizá sólo veía en ella un camino hacia la riqueza...

—No sé qué pensar ahora, hijo. La noticia me ha pillado desprevenido —Chassman parecía sinceramente afectado.

—Vas a denunciarlo, supongo —insinuó Burlington.

—No. Hablaré con él. Le indicaré la conveniencia de que reponga inmediatamente el dinero, y le despediré. No quiero hacerle daño —respondió Harvey. Su voz se había vuelto ronca.

—No creo que su responsabilidad esté limitada a esa estafa de millón y medio de dólares. Creo que hay algo más grave.

—¿De qué se trata? —inquirió Chassman, con gran ansiedad.

—No quiero acusarle gratuitamente. Volveré a verte cuando disponga de pruebas — contestó el médico—. Ahora tengo que encontrar a alguien que siente una desmedida afición por los chicles de grosella...

\* \* \*

Chad Coburn arrugó impulsivamente la hoja de papel entre sus delgados dedos. Pero inmediatamente la puso sobre la mesa, la desplegó, la alisó y la volvió a leer, mientras masticaba nerviosamente un chicle de grosella.

«Burlington sospecha algo. Vino a verme al laboratorio. Habló de mi anillo perdido, trató de sonsacarme... No dije nada, pero cuando se marchó, dejó algo sobre mi banco de trabajo... ¡Era mi anillo!

Estoy tan nerviosa que no sé que hacer. Probablemente, pediré unos días de permiso y me marcharé lejos. De todas formas, he querido advertirte antes... La insistencia de Burlington me inquieta. Mis nervios no podrán resistir mucho.

B. L.»

Barbra Lufkin. Sí, su letra, irregular, de trazos sumamente nerviosos, era fácilmente reconocible.

Las manos de Coburn temblaron cuando aproximó la llama del encendedor a la hoja de papel.

Absorto en sus pensamientos, no advirtió que el papel se consumía hasta que la llama quemó sus dedos. Entonces murmuró una maldición, y se chupó los dedos lastimados. Sacó otro chicle y lo masticó ávidamente.

«Calma —se recomendó—. Nada de dejarse llevar por la inquietud. Seguiré controlando mis sensaciones. Como siempre.»

Cuando descolgó el auricular del teléfono, sonreía. Sus manos no temblaban ya. Marcó un número con cierta dificultad, a causa de sus dedos quemados.

—¿Davis?

—Él señor Davis emprendió viaje a Canadá, esta misma tarde. No, no sabemos cuándo regresará —le informaron.

—Gracias —respondió.

¿Otro que huía? ¡Tanto mejor...! Los únicos que podían comprometerle de alguna manera eran Davis y Barbra. Si ambos

desaparecían, nadie podría acusarle.

Consultó el reloj. Eran casi las diez de la noche. Tratando de falsear la lista de las existencias de heroína inyectable, se había demorado excesivamente en el almacén.

Se despojó de su bata de trabajo, y se puso la chaqueta y el abrigo. Ya se disponía a salir, cuando Dakirian penetró en el almacén.

—¿Te marchabas? —preguntó el director.

—Sí, pero si necesitas algo... —a Chad le interesaba estar a buenas con Dakirian, por si acaso...

—Quería pedirte un favor, Chad. Verás: Warren Burlington vendrá a las doce para realizar una autopsia.

—¿Warren, una autopsia...?

—Un camión ha aplastado a Budd Gálvez, a quien Burlington había operado de coronarias hace dos años. Era una operación arriesgada, casi un ensayo a partir de una técnica nueva, de la que Burlington es autor.

Al saber que Gálvez ha muerto, me pidió permiso para realizar la autopsia quiere comprobar la evolución de los tejidos afectados. Posiblemente necesitará algunos productos del almacén y, si tú te marchas, tendré que nombrar a alguien para que atienda las peticiones de Burlington.

¿Un extraño en el almacén, un curioso que tendría a su disposición el inventario? A Coburn no le interesaba.

—De acuerdo —respondió—. No tengo nada que hacer. Me quedaré aquí hasta que Warren termine la autopsia. ¿No serán precisos los servicios de la doctora Lufkin? Quizá se necesite algún analista de urgencia...

—He dado licencia a Barbra por una semana. Pero Burlington no la necesita. Se limitará a hacer sus observaciones, y tomar algunas fotografías de las vísceras... Muchas gracias, Chad. Me ocuparé de que te sirvan una cena en el almacén. Buenas noches.

—Buenas noches —respondió Coburn.

Se despojó de sus ropas de calle, y volvió a vestir la bata de trabajo. Su cerebro trabajaba ordenadamente desarrollando todas sus facultades.

Así que Burlington iba a operar. A la medianoche cuando en el hospital sólo quedaba el personal de guardia. Una magnífica oportunidad para sonsacarle, para comprobar hasta dónde llegaban sus sospechas. Y también, si era preciso, eliminarle.

Tomó asiento en su mesa, sacó el inventario de un archivador de seguridad, y siguió repasando escrupulosamente las falseadas listas hasta convencerse de que no había cometido el menor error detectable.

Una enfermera entró poco después, y le dejó una bandeja con una apetitosa y abundante cena.

Comió lentamente, gozando con fruición de cada bocado. Filetes

«borgogne», ensalada italiana, vino chileno... ¿cómo reducir a Burlington, en caso de verse obligado a matarle? Masticó un delicioso pimiento asado... Tenía la pistola, pero a Chad no le gustaba la violencia de las armas de fuego. El especialista en armas era Davis...

Se sirvió un nuevo vaso de vino tinto... ¡El «spray» de gas adormecedor que había utilizado contra Susan y McMichael! Un método rápido y eficaz, que podía ocultarse fácilmente... Trinchó un pedazo de filete, y lo masticó lenta y escrupulosamente. También ocultaría en sus bolsillos un bisturí, por si...

El vino le animó considerablemente. Cuando se dio cuenta, casi había apurado la botella que Dakirian, gentilmente, le había hecho llegar. Vertió lo que quedaba en el vaso, y atacó las peras a la crema.

Luego apartó la bandeja, se puso en pie, satisfecho, y encendió un cigarrillo.

«Chad Coburn no es alto, ni atlético, ni siquiera guapo. Tampoco es famoso, brillante y prestigioso... Pero es inteligente», pensó, orgulloso.

Meditar, ésa era la llave que resolvía todos los problemas. Ordenar las cosas como si se tratara de una difícil partida de ajedrez... que había que ganar, naturalmente.

Como el asesinato de Susan Burlington y Larry McMichael. Pero él, Chad Coburn, no era como Bill Davis, que buscaba más las riquezas. Chad prefería aquel placer de dioses llamado *venganza*.

A las doce menos cuarto, oyó unos pasos en el pasillo próximo. Se asomó: Warren Burlington, alto, guapo, seguro de sí mismo, avanzaba a largos pasos.

Cambió unas palabras con él, le explicó la petición de Dakirian...

—Si quieres, puedo ayudarte en la autopsia —se ofreció.

—¿Te encuentras en condiciones de ello? —preguntó Burlington.

¡Siempre la misma petulancia...!

Chad extendió los brazos.

—Mira mis manos. Seguras y firmes. Ni el más leve temblor —se jactó.

—Muy bien. Como quieras. Acompáñame —invitó Burlington.

La mayoría de los doctores que realizaban autopsias escogían, en invierno, la sala de la planta primera, más cálida y confortable. Pero Burlington había elegido la sala del sótano.

«Mejor —pensó Coburn—. Allí no nos molestará nadie»

Descendieron por la escalera, encendieron las luces. Burlington penetró en el lavabo, se cambió el chaquetón de piel por una bata, y se lavó escrupulosamente las manos. Chad le imitó.

En la gran sala de autopsias hacía frío. Pero... ¡qué importaba!

Dos sanitarios trajeron el cadáver en una camilla con ruedas, y lo depositaron sobre la mesa de operaciones.

—Nuestro turno termina a las doce, doctor Burlington —dijo uno de los sanitarios—. Pero si nos necesita...

—No, no —respondió Warren—. Vayan a descansar. Nosotros nos ocuparemos de devolver el cadáver al depósito.

—Gracias, doctor. Buenas noches.

Los pequeños ojillos de Chad brillaron. Todo se iba desarrollando a las mil maravillas. La amplia estancia, desnuda y solitaria, sólo les contenía a ellos dos y al cadáver de Budd Gálvez.

Mientras Burlington examinaba y ordenaba el instrumental quirúrgico depositado sobre una mesa auxiliar cubierta por un amplio paño, Chad se apartó unos pasos para encender un cigarrillo.

Burlington parecía abstraído en su trabajo. Coburn se deslizó, silencioso, hacia la puerta, y corrió el pequeño cerrojo interior.

Dio unas rápidas chupadas al cigarrillo, lo tiró al suelo y lo aplastó con el pie. Volvió a la mesa de operaciones en el momento en que Warren descubría el cadáver.

Era horrible. El rostro de Budd Gálvez había quedado aplastado, después del accidente.

—Su familia es pobre —dijo Burlington—. Probablemente cederán el cadáver a la Facultad. O tal vez nos pidan que nosotros mismos lo incineremos. Apenas disponen de dinero para comer. ¡Cómo van a tener para un entierro!

El incinerador. ¡Qué idea...!

Warren tomó el bisturí e hizo una rápida incisión sobre el pecho de Budd Gálvez. Luego se volvió hacia Coburn, y exclamó con voz clara:

—Me gustaría saber qué motivos te impulsaron a asesinar a mi esposa, querido Chad.

## Capítulo XII

LAS frases, tan imprevistas y directas, le dejaron sin habla.

—Pero ¿qué dices, Warren? Yo...

—Sé *cómo* lo hiciste, pero ignoro *por qué*. Sé que te valiste de la infeliz Barbra Lufkin, una solterona triste, a la que convertiste en drogadicta hasta el punto de que ella dependía absolutamente de la heroína que tú le proporcionabas. Los motivos de tu alianza con Bill Davis también los conozco. No lo hiciste por dinero. ¿Por qué entonces, Chad?

La serenidad de Coburn comenzaba a quebrantarse. Dirigió una mirada furtiva a la puerta. No, nadie les escuchaba. Por otra parte, los muros de hormigón tenían un metro de grosor.

Bruscamente, estalló.

—Quería hacerte sufrir, Warren, porque te odiaba, ¡te odio con toda mi alma! —murmuró, enfebrecido—. Desde que éramos niños, tú fuiste siempre el mejor, el más valiente, el más guapo, el más capaz... Tú no necesitabas cortejar a las jovencitas: ellas venían a ti. Pero nadie se ocupaba de Chad Coburn, de sus angustias íntimas, de su soledad... Cuando te alistaste en el ejército, yo quise imitarte. Pero... me rechazaron. Después, tú terminaste la carrera sin esfuerzo, con brillantez. A mí me costó horrores, y siempre fui dos o tres cursos retrasado. Incluso te imité cuando te especializaste en cirugía de pulmón y corazón. Fracasé. Tuve que conformarme con el empleo de jefe de almacén de este hospital. ¿Comprendes *por qué*, LO COMPRENDES AHORA?

Burlington alzó los ojos del corazón de Budd Gálvez.

—No. Dios o, si lo prefieres, la naturaleza, ha hecho a hombres altos y bajos, guapos o feos, brillantes y vulgares... Pero todos tenemos la posibilidad de adaptarnos a nuestras condiciones físicas e intelectuales... Hay muchos hombres que no son guapos ni siquiera inteligentes y son capaces de alcanzar una existencia feliz, serena, pacífica, sin traumas...

—¡¡YO SOY INTELIGENTE!! —gritó Coburn, excitado—. Verás: haré un resumen de mi plan para vengarme de ti. ¿Qué era lo que podía hacerte más daño? la muerte de Susan, a la que tú amabas apasionadamente. Pero no una muerte cualquiera. De paso, con ella moriría Larry McMichael, que había sido tu rival. Tú pensarías que

Susan te había sido infiel, y tu corazón se sentiría desgarrado. ¿Lo ves? Inteligencia, pura inteligencia.

—Dame más detalles —pidió Burlington, impasible, en apariencia.

—Conocí a Bill Davis. Ambicioso, dominado por el afán del dinero. Hablamos de ti, y comprendí que te odiaba. Le necesitaba a él, porque yo soy incapaz de cualquier violencia física... Inteligencia, ésa es mi especialidad. El hizo el trabajo más sucio, con la ayuda de Barbra. Esperamos a Susan y a McMichael en la carretera. Cuando su coche se detuvo, yo les rocié el rostro con un «spray» que produce un rápido desvanecimiento...

—Y les llevaste al refugio de caza que había alquilado Lizza Wilson.

—Sí. Atados, les obligamos a beberse botella y media de whisky. Cuando volvimos a la carretera, estaban *groggy*. En High Range, situé a Barbra en lo alto de un promontorio: tenía que avisar, con una luz destellante, cuando un camión pesado se aproximase a la curva. Había adaptado un ingenio electrónico al motor...

—El acelerador electrónico. Pero ¿por qué obligaste a Barbra a vestirse con gabardina blanca, botas y una peluca negra para conseguir que Huggins le entregase el aparato?

—Inteligencia, pura inteligencia —alardeó Coburn—. Traté de que Barbra se pareciese a Lizza Wilson. Ella *también* te ama. Así, tú podrías sospechar de ella en él caso, poco probable, de que algo fallara... Pero sigo- cuando Barbra nos hizo llegar su señal, soltamos el freno que retenía al coche y...

—Lo sé. El «Chrysler» subió la cuesta y se estrelló contra un camión, Susan y McMichael murieron, y yo me sentí desesperado. Había concluido *tu venganza*... Pero yo encontré el acelerador electrónico adherido a la valla. Y cuento con el testimonio de Lizza: ella te dejó la llave del refugio. Por otra parte, Barbra Lufkin y Bill Davis están detenidos. Tu venganza no ha resultado completa, Chad. Todo ha fracasado...

Coburn retrocedió, espantado.

—¡No es posible! Estás mintiendo, pero... De todas formas, tú no escaparás. Me has dado la idea, Warren. El incinerador está a un paso. Te mataré, y haré desaparecer por completo tu cadáver. Si no hay cuerpo, no hay delito.

Súbitamente, se abalanzó sobre Burlington, con el pequeño «spray» en la mano. Pero Warren le dio un manotazo, y el «spray» cayó al suelo, inofensivo.

Ya estaba sacando el bisturí que guardaba en el bolsillo, cuando dos hombres aparecieron bajo la mesita del instrumental: eran el teniente Moran y otro policía.

Coburn saltó hacia atrás. Estaba lívido, tembloroso.

Al ver las pistolas en manos de los policías, gritó:

—¿¿¿POR QUE NO DISPARAN, POR QUE???!!

Burlington le miró, compasivo.

—No dispararán, Chad. Posiblemente, ni siquiera irás a parar a la cárcel —dijo.

—Pero... ¡¡SOY UN ASESINO, SOY UN CRIMINAL... SERE FAMOSO!! ¡VENDRA LA TELEVISION, LA PRENSA, LA RADIO! ¡¡ME GLORIFICARAN, ME ELEVARAN A LA POPULARIDAD!! ¡¡PASARE A LA HISTORIA DE LA CRIMINOLOGIA!! —gritó, desencajado.

Moran y su ayudante le rodearon, y fácilmente lo desarmaron y redujeron.

Coburn seguía gritando y gritando locamente. Hasta que su crisis nerviosa cedió, y sus músculos se aflojaron.

Cuando lo sacaban de la sala de autopsias, Chad se volvió, y miró a Burlington.

—¡¡TE ODI, WARREN BURLINGTON!! ¡¡TE ODI CON TODA MI ALMA!! —gritó, convertido su rostro en una máscara irreconocible.

—Yo no puedo odiarte, Chad. No puedo odiar a un loco —respondió. Y trató de calmar sus nervios para terminar la autopsia del cadáver de Budd Gálvez.

\* \* \*

—No puedo, de veras que no puedo, Harvey —repitió Warren Burlington.

—Te lo suplico —insistió Chassman, desde el asiento trasero del «Porsche»—. Era la única fiesta que pasábamos los tres, Susan, tú y yo. Navidad. Sólo ese día, Warren.

Burlington arrancó el motor.

—Me es imposible. Tengo un compromiso —respondió—. Pero pasaremos juntos los demás días, si el trabajo en el hospital me lo permite.

Chassman entornó los ojos.

—¿Un compromiso? ¿Una mujer quizá? —interrogó.

Warren iba a negar, pero finalmente optó por decir la verdad.

—Sí, se trata de una mujer. Una joven a la que no sólo acusé injustamente, sino a la que golpeé como un salvaje. Tengo una deuda con ella. Por eso le prometí...

Harvey tamborileó con los dedos sobre el cenicero cromado que tenía delante.

—¿Sólo se trata de una especie de desagravio? —preguntó.

—Sí, eso es —convino—. Una especie de desagravio.

—Mientes muy mal, Warren. Posiblemente porque no estás acostumbrado a hacerlo...

—¿Qué quieres decir? —respingó Burlington.

—Que la doctora Wilson te está mirando con excesiva ansiedad. Yo diría que... con amor —declaró Harvey Chassman.

Warren giró la cabeza. En efecto, Lizza Wilson les observaba de reojo, desde lo alto de la escalinata que conducía a la entrada principal del hospital.

—Vamos, Warren. Invítala a acompañarnos —le animó Chassman.

—Pero...

—Mira, hijo: ni tú ni yo podremos olvidar a Susan. Pero comprendo que tú eres joven, que necesitas una nueva esposa, unos hijos... La doctora Wilson me gusta. Parece una excelente chica. Más adelante, vosotros dos... Pero no quiero inmiscuirme. Ahora sólo trato de asegurarme, egoístamente, vuestra compañía en las próximas Navidades. Empiezo a ser viejo, Warren. Y la soledad es mi mayor enemiga. Anda, sal. Ve. Dile que venga.

Warren asintió tímidamente. Y obedeció.

Un momento después, volvía con Lizza Wilson. Warren abrió la portezuela y ella se acomodó junto a su suegro.

—Buenos días, señor Chassman —saludó Lizza, un tanto turbada. Harvey sonrió.

—Ahora empiezan a ser mejores, doctora Wilson —respondió.

Warren les dirigió una ojeada, a través del espejo retrovisor. Y comprendiendo que todo iba bien atrás, arrancó.

FIN